

EL COJO ILUSTRADO

Año XI

15 DE NOVIEMBRE DE 1902

Nº 262

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



PAISAJE — De J. Constable

AZUL Y NEGRO

Azul la blusa, la enagua negra,
Negro el sombrero..... Cuán bella está.
Todo lo encanta, todo lo alegra,
Con su sonrisa por donde va.

Su porte regio los ojos turba,
Turba los ojos y el corazón,
Porque en su cuerpo canta la curva
El himno ardiente de la pasión.

Sobre su frente morena y pálida
Es su cabello noche sin luz,
Y hay en sus ojos la lumbre cálida
Del esplendente cielo andaluz.

Su boca es fresa, flor purpurina;
Su talle esbelto, breve su pie,
Y al ver su garbo cuando camina
Provoca á todos decir: «Olé!»

De azul y negro..... Mirad cuán bella!
Pasa, y se aleja..... Y en loco afán
Todos los ojos se van tras ella,
Todas las almas tras ella van!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

DE MI CARTERA

(LIBRO EN PREPARACION)

Uso de la preposición "Entre"

—Pues qué ¿el uso es el juez?—Y árbitro y dueño Despótico, absoluto de las lenguas.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

¡Peregrina novedad! Ahora resulta (*) que la preposición *entre* no significa lo que significó siempre: ha perdido las acepciones de *en* y, de *dentro de* con que la venía usando todo el mundo desde que el Castellano es idioma, y ha quedado para denotar solamente situación ó estado en medio de dos ó más cosas ó personas.

Se dijo siempre *entre el humo, entre la boca, entre el pozo, entre la sangre*, y se dijo también *entre las venas* denotando situación, no en medio de vena y vena ni en medio de varias venas, sino *dentro de* cada vena; pero ahora no es correcto decirlo, porque en cada uno de esos casos así contruidos, falta por lo menos otro término exigido por la definición apuntada arriba. *Entre el humo.....* y qué cosa?—*Entre el humo y la llama; entre la boca y la nariz, entre el pozo y el camino; entre la sangre y la bilis:* así sí.

Tampoco vale un sustantivo colectivo cuando la preposición *entre* ha de denotar situación en medio de muchos, y es por lo tanto incorrecto decir, *entre la turba, entre la multitud, entre el escuadrón, entre la arboleda.*

Y esto es así porque la Real Academia Española lo decretó así. No importa que el uso haya sido siempre y siga siendo contrario; no importa que los más eminentes escritores españoles hayan dicho siempre y sigan diciendo *entre la arena, entre la niebla, entre el agua, entre el follaje, entre la turba* y hasta *entre la peña*; dándole á la preposición *entre* la acepción de *dentro de*; no importa la consideración muy natural, muy legítima de que la Real Academia puede equivocarse como se equivoca todo el mundo, ni la de que nadie, absolutamente nadie está facultado para legislar contra la naturaleza de las cosas, como resolver, v. g. que el pino y el cedro se incluyan entre los minerales, y el marrano, cochino ó puerco entre las aves de cualquier especie; no importa, por último, la observación de que la Real Academia no es ni puede ser creadora de usos, sino simplemente depositaria de un tesoro que está obligada á conservar, á preservar y á defender, y en manera alguna á adulterarlo ni autorizada para reformarlo por su propia cuenta y razón, á su real capricho y á la hora que se le antoje.

Nada de esto importa nada: la preposición *entre* no es ahora *entre*, es otra cosa en virtud de un decreto.

¿Podemos aceptar esto? ¿Es esto racional? La lógica más elemental dice que no. *Entre*, ha denotado siempre situación en medio de dos, situación en medio de varios, situación *dentro de uno*, situación *en uno ó más*, y si el uso general no cambia su sentido, seguirá significando lo mismo apesar de las arbitrarias resoluciones de quienquiera que las diete. Lo mismo digo para los casos en que la preposición *entre* no denota *situación* en me-

dio de nada ni *dentro de nada*, ni *en nada*, como cuando decimos v. g. *entre veinte obreros taladraron el cerro; se iba el toro, pero los muchachos echaron mano de la soga y entre todos lo aprisionaron.* Donde la preposición *entre* no sitúa el cerro ni el toro en medio de nada.

Por eso, porque un dictamen arbitrario no vale nada contra el uso ni tiene trascendencia alguna ante el hecho ni ante la naturaleza del hecho que trata de destruir, parecía lo mejor no discutirlo; pero sucede que la última autoridad de la Academia deslumbra siempre, y en el caso presente ha deslumbreado á uno de nuestros mejores críticos, quien no obstante la independencia muy oportuna y muy simpática de que hace gala en sus obras nacionales, se cife estrechamente al novísimo precepto académico y trata de imponerlo, como desconociendo la suprema autoridad del uso general y acordando á la ilustre Corporación una infalibilidad imposible. Y esto, ya se ve, produce vacilaciones peligrosas, por decir lo menos, que nos obligan á ponernos en guardia.

Mi autoridad favorita, don Pero Grullo, dice: «O la Academia acertó ó la Academia erró. Si acertó lo conoceréis en que su dictamen es conforme con la significación histórica de la preposición *entre*; si erró, lo conoceréis en que su dictamen es contrario al uso de los doctos de todos los tiempos.» Y agrega don Pero en tono magistral y con el dedo índice en posición de pararrayo: «Si acertó obedecedle ciegamente y agradecedle la enseñanza; si erró, dispensadla porque nadie es infalible, pero dad de mano al precepto errado sin preocuparos de la autoridad de su origen, pues—como dice muy bien el señor Julio Calcaño—ninguno debe ser tenido como autoridad sino en cuanto sus observaciones se escuden con el acierto magistralmente comprobado».

¿Acertó la Academia? Vamos á verlo. Con la cita que voy á hacer llenaré dos objetos, á saber: exponer el nuevo dictamen de la Academia Española acerca del uso que debemos hacer de la preposición *entre*, y hacer notar las vacilaciones peligrosas que ese dictamen ocasiona, desde que se le toma en cuenta sin previo examen por nuestros escritores más notables.

Escritor castizo en sus lucubraciones críticas, criollo en sus novelas, donde ya no consulta el diccionario, algo francés pero de pura dición castellana en sus versos, es nuestro compatriota el señor Gonzalo Picón Febres; y en su bello libro *Notas y Opiniones*, dice, refiriéndose á dos poemas del bardo español Emilio Ferrari, lo que sigue:

«Véase la cuarta estrofa:

«En un rincón de tierra castellana
que desde el sitio próximo en que mana
cruza Pizuerga *entre* campiña verde.»

La preposición *entre* usada allí NO PUEDE SER MÁS DESGRACIADA, porque ella sirve para denotar situación ó estado en medio de dos ó más cosas ó personas, y la campiña es una sola. Se dice con entera propiedad *entre flores*, verbigracia, porque el plural es suficiente á determinar de una manera exacta el sentido de lo que se expresa; pero *entre campiña verde* es incorrecto y además de incorrecto, prosaico en grado sumo.

No sólo aquí, sino también en *En el Arroyo*, Ferrari hace uso de la preposición entre impropiamente, como puede verse en los siguientes casos:

Pajarillo volandero
que perdido *entre* la fronda
cualquier fruto picotea,
en cualquier rama se posa.

Hállasele *entre* una turba
de arrapiezas de su estofa
porque gorriones y niños
por propio instinto se asocian.

Duerme ya sobre los bancos
de una plaza *entre* la sombra,
ya en el quicio de una puerta,
ya de un atrio en las baldosas.

Si procesión ó rosario
salen de alguna parroquia,
lleva su cirio *entre* un grupo
de cofrades y devotas.

Con vivo caracoléo
pasan, mientras los carruajes
entre el polvo del paseo
y el crujiente traqueteo
de varillas y de trajes.

Acerca del uso de la susodicha preposición, consúltese la *Gramática de la lengua castellana* por la Real Academia Española, páginas 197, 198, 232, 233 y 234. Yo creo tener razón, á juzgar por lo que ella dice; pero puedo estar equivocado y por eso pregunto á quien lo entiende. Si *sombra* y *potvo* en los ejemplos citados expresan la idea de unidad ¿se puede decir correctamente *entre la sombra* y *entre el polvo* como muchos dicen *entre mi sér* y *entre mi corazón*? Y si *fronda*, *turba* y *grupo* expresan la idea de pluralidad dentro de la unidad ¿será correcto decir *entre la fronda*, *entre una turba* y *entre un grupo*?

Según la Academia no, y según Salvá tampoco, pero es lo cierto que todo el mundo literario con muy pocas excepciones, emplea la susodicha preposición como mejor le cuadra y se le antoja. Páginas 177, 178 y 179.

Vemos ahí, pues, el dictamen de la Real Academia Española y sus efectos entre nuestros hombres de letras; probemos ahora que los dichos efectos son perniciosos, demostrando palmariamente hasta la más completa evidencia que la Academia no tiene razón. Porque teme haberse equivocado después de manifestarse conforme con la decisión académica, y desea aclarar sus dudas preguntando á quien lo entiende, el señor Picón Febres *apela al dictamen de don Miguel Antonio Caro que es persona que entiende de estas cosas gramaticales como nadie*; pero el recurso es á todas luces ineficaz, sobre irreverente. Habiendo hablado y fallado la Real Academia Española, quien lo entiende no es don Miguel Antonio Caro ni ningún individuo particular, expuesto más que la Academia, á equivocarse; quien lo entiende por sobre la Academia y por sobre toda autoridad por alta que sea, no es más nadie que el USO, ÁRBITRO, LEGISLADOR Y NORMA DEL LENGUAJE, como le llama Horacio. Este es el supremo tribunal, su fallo es indiscutible; y ya que este fallo, favorable ó adverso, nos será suficiente para resolver la cuestión sin más discusión ni más examen, apelemos á él. Lo que él diga ha de ser lo cierto por más que la Academia y don Miguel Antonio Caro

(*) Resultó hace algún tiempo, pero es ahora cuando puedo decirlo al público, y el asunto está sobre la mesa.



EL ANGEL DE LA PAZ. — Cuadro de Ch. E. Butler

digan lo contrario. Apelemos, pues, al uso; apelemos á las estrellas más brillantes del cielo literario español; preguntemos á las autoridades del siglo de oro y á los maestros de la historia contemporánea, cómo han empleado la preposición *entre* en sus obras inmortales; recurramos á CERVANTES, á HURTADO DE MENDOZA, á FRAY LUIS DE LEÓN, á RIOJA, á B. LEONARDO DE ARGENSOLA, á BERNARDO DE BALBUENA, (*) á LOPE DE VEGA, á GÓNGORA, á QUEVEDO, á ERCILLA, á SOLIS, á CALDERÓN,..... apelemos á MELÉNDEZ VALDÉS, á L. FERNÁNDEZ DE MORATÍN, á IRIARTE, á MARTÍNEZ DE LA ROSA, etc., etc., y veamos si dicen ó no, en prosa y en verso, *entre la fronda, entre la arena, entre la gente, entre la turba, entre mí..... y hasta entre el nácar y entre el cristal.*

Está bien constituido el tribunal? ¿Representará dignamente á SU MAJESTAD EL USO? Oigámosle, pues:

«Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que *entre mí* hacía, me certificaron que yo era allí entonces lo que soy aquí ahora..... Traía en las manos un lienzo delgado, y *entre él*, á lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. Dfjome Montesinos cómo toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón *entre el lienzo* y en las manos era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días á la semana hacían aquella procesión».

CERVANTES. (*Quijote*).

«Cual generoso león que *entre el rebaño* De algún collado de Getulia estrecho, Cansado de matar y de hacer daño Las garras lame y el sangriento pecho».

BALBUENA. (*El Bernardo*).

«En el Arabia es fama, que cansada La diosa Venus por la tierra yendo, Del murmullo de un agua convidada Que *entre la verde yerba* iba corriendo».

D. HURTADO DE MENDOZA. (*Fábula*).

«Cercada de frescura Más clara que el cristal hallé una fuente. En un lugar secreto y deleitoso, De *entre una peña* dura Nacía, y murmurando dulcemente Con su correr hacía el campo hermoso».

FRAY LUIS DE LEÓN.

«Quiero Fabio seguir á quien me llama Y callando pasar *entre la gente*, Que no afecto los nombres ni la fama».

RIOJA. (*Epístola Moral*).

«En una noche templada *Entre clara y entre yema*, Un miércoles con un martes Tuvieron grande revuelta».

QUEVEDO. (*Romance jocoso*).

«Que en el segundo estilo hay elocuencia, Que *entre la igual corriente* del progreso Anima su fervor con la frecuencia».

B. LEONARDO DE ARGENSOLA. (*Epístola*).

«Pasábase la noche en gran porfia Que causó esta venida *entre la gente*; Cuál se atiene á Lincaya, y cuál decía Que es el Caupolicano más valiente

Alzóse un alarido *entre la gente* Pensado haber del todo zozobrado.

ERCILLA. (*Araucana*).

«Junto al lugar do yacerá mi cuerpo Donde tal vez pisando aquella ingrata Huelgue pisar los infelices huesos Con el soberbio pie, y *entre sí* diga Este es mi triunfo.....»

JUAN DE JÁUREGUI. (*Aminta*).

Vistiólo de una ropa que compuso En extremo bien hecha y ajustada, De un color hermosísimo, confuso, Que *entre blanco*, se muestra colorada, Como si alguno entre azucenas puso La rosa en bella confusión mezclada, O del lindo marfil trasflora y pinta La limpia tez con la siderea tinta.

PABLO DE CÉSPEDES. (*Poema de la pintura*).

«*Entre esta generosa* illustre gente Vino un gato valiente De hocico agudo y de narices romo».

LOPE DE VEGA. (*Gatomagüia*).

«Con un suspiro á la ocasión tardía Tendió la mano y no pudiendo asillo, Dijo, y de sus mejillas amarillo Volvió el clavel que *entre su nieve* ardía».

LOPE DE VEGA. (*Soneto*).

«Más rica y más gozosa Que el precioso tesoro Que el mar del Sud *entre su nácar* cierra».

LOPE DE VEGA. (*La vida del campo*).

«Busque muy en hora buena El mercader nuevos soles; Yo, conchas y caracoles *Entre la menuda arena*, Escuchando á Filomena Sobre el chopo de la fuente, Y ríase la gente».

GÓNGORA. (*Letrilla*).

«*Entre el agua* fría Encendéis mi fuego; Que un fuego amoroso Arde entre los hielos; Quebrantad las olas, Y volad con viento».

ANÓNIMO. (*Modelos de Poesía Castellana*).
Por Coll y Vehf.

«Mas ¡ay! que en este estado El cazador cruel de astucia armado Escondido le acecha Y al tierno corazón aguda flecha Tira con mano esquiva, Y envuelto *entre su sangre* lo derriba. ; Simple avecilla errada Imagen de mi suerte desdichada».

A. MIRA DE AMESCUA. (*Canción Real*).

«*Entre la sangre* están agonizando Los cuerpos, que con voces doloridas De las contrarias almas se despiden».

JUAN RUFO. (*Austriada*).

«Levantarlas» (las perdices muertas ó heridas en una partida de caza).

«Levantarlas, ver por donde Entró *entre la pluma* el plomo, Volverme á mi casa, como Suele de la guerra el conde».

ROJAS. (*García del Castañar*).

«..... vió que rompía Sus entrañas atrevido Un monstruo en forma de hombre Y *entre su sangre* teñido, Le daba muerte naciendo, Vivora humana del siglo».

Por las calles y plazas dividido Verás tu reino en ondas de escarlata Nadar, *entre la púrpura* teñido.

¿Qué pasado bien no es sueño? Quién tuvo dichas heroicas Que *entre sí* no diga, cuando Las revuelve en su memoria.....

Aunque el hado, señor, sabe Todos los caminos, y halla A quien busca *entre lo espeso* De las peñas, no es cristiana Determinación decir Que no hay reparo á su saña.

Yo ví en reino de olores Que presidía *entre escuadrón* de flores La deidad de la rosa.

Cuentan de un sabio que un día Tan pobre y mísero estaba Que sólo se alimentaba De unas yerbas que cojía. ¿Habrá otro (entre sí decía) Más pobre y triste que yo?

Yo en este mundo vivía Y cuando *entre mí* decía ¿Habrá otra persona alguna De suerte tan importuna?

CALDERÓN. (*La vida es sueño*).

«Ya sin aliento de esperanza alguna, *Entre la turba* vil que la baldona, Es víctima sangrienta de villanos».

LUIS DE ULLOA. (*La Raquel*).

Entre la arena cogiendo Conchas y piedras pintadas Muchos cantares diciendo Con el són de ronco estruendo De las ondas alteradas.

GIL POLO.

Encinas de aquestos montes *Entre cuya compañía* En paz segura ha pasado Sus pocos años mi vida».

MIGUEL SÁNCHEZ. (*La guarda cuidadosa*).

..... «Donde los servían con tanta puntualidad, que algunos padres, *entre la gente* pobre, desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia..... En una de ellas, edificio real donde se vieron grandes corredores sobre columnas de jaspe, había cuantos géneros de aves se crían en la Nueva España, dignas de alguna estimación por la pluma ó por el canto, *entre cuya diversidad* se hallaron muchas extraordinarias».

SOLIS. (*Historia de la conquista de Méjico*).

«La muy buena (gana de comer) que tú tienes, dije yo *entre mí*, te hace parecer la mfa hermosa..... Así me vengan los buenos años como es ello, dije *entre mí*».

D. HURTADO DE MENDOZA. (*Lazarillo de Tarmes*).

¿Se quiere mayor número de votos contra el novísimo precepto de la Real Academia Española y contra quienes se empeñan en observarlo? Allá van más:

«Iba cogiendo flores Y guardando en la falda Mi niña, para hacer una guirnalda: Más primero las toca A los rosados labios de su boca, Y les da de su aliento los olores. Y estaba (por su bien) *entre una rosa* Una abeja escondida Su dulce amor hurtando;

(*) ¿Es Balbuena ó Valbuena?.....



SU PRIMERA CARTA DE AMOR. — Por F. Andreotti

Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La pieó, sacó miel, fuese volando».

LUIS MARTIN. (*Madrigal*).

«Ay cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afán aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando
Cual débil luz por *entre niebla* oscura.

MELÉNDEZ VALDÉS. (*La gloria de las Artes*).

«Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo.

Sereno y claro río
Que por los sauces corres mansamente,
Aquí *entre llana gente*
Todo es paz y dulzura.....»

MELÉNDEZ VALDÉS. (*Batilo*).

«Eché el oso al oír esto
Sus cuentas allá *entre sí*
Y con ademán modesto
Hubo de esclamar así:»

IRIARTE. (*Fábula*).

«Es decir, que el que no acierta á omitir, *entre lo mucho* que siempre se ocurre cuando uno escribe sobre materias que tiene bien estudiadas, lo que no es absolutamente necesario en aquel parage, es un declamador, no un escritor juicioso».

HERMOSILLA. (*Arte de Hablar*).

«Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo *entre la niebla* oscura
Y á esperar vuelve y otra vez se engaña».

L. FERNÁNDEZ DE MORATIN. (*Epístola*).

«Y la alquilada erudición pudiera
Valerme aplauso *entre la plebe* osada

De los pedantes, cuya ciencia es sólo
Mentir doctrina, aparentar estudios».

L. FERNÁNDEZ DE MORATIN. (*Los pedantes*).

«Llévame tú, Pomona, á tus vergeles
Donde el limón y la fragante cidra,
La lima, y del naranjo la aurea poma
Entre el follaje siempre verde asoma».

(Cito de memoria y no recuerdo el autor).

Se iba estrechando el corazón, las flores
Entre lava nacían; y esos pueblos
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algún día
Labrados sobre otros que ya fueron.

Yo aquí no tengo para ornar su tumba
Ni una flor que enviarte; que las flores
No nacen *entre el hielo*, y si nacieran
Solo al tocarlas yo se marchitaran».

MARTÍNEZ DE LA ROSA. (*Flegia*).

Un grupo de Amorcillos más distante
La fuga llora del infiel amante,
Y *entre la sombra* del confin perdido

Divisase el bajel del fermentido».

MARTÍNEZ DE LA ROSA. (*Arte Poética*).

Entre la multitud de poemas olvidados y dignos de serlo, no merece tampoco igual desprecio un poemita en un solo canto titulado *Raque*.

En Castilla, por el contrario, se iba á buscar los escritores *entre lo más escogido de la sociedad* y en las clases más distinguidas..... Aquella literatura, sobre todo la latina, aún existía y se cultivaba *entre cierta clase* de gente».

GIL DE ZÁRATE. (*Manual de Literatura*).

«Y envueltos *entre el polvo* que levantan,
La tierra, en torno, al embestirse, espantan».

ESPRONCEDA. (*El Pelayo*).

He ahí la respuesta del uso, tanto más elocuente, cuanto no he tenido necesidad ni aun posibilidad de consultar las obras citadas, para extractarlas; por lo que podemos asegurar que de la colección de Rivadeneira podría copiarse tal cantidad de *entres*, que con sólo ellos formaríamos varios tomos tan voluminosos como el Diccionario académico. Y si se quieren ejemplos del día, ábranse por cualquier página las obras más calificadas que en la actualidad están triunfando en España y en América, y se verán párrafos como estos que me suministra el ilustre autor de *Pequeñeces*:

«.....Asomando sus cúpulas y sus torres *entre esa neblina* que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera..... Buscando con los ojitos inquietos, arboladas las mejillas y el corazón palpitante, *entre la muchedumbre* que llenaba el local, al padre, á la madre, á los hermanos que habían de ser partícipes del triunfo..... El colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo lejos, acechando *entre la bruma*, Madrid, la gran charca».

LUIS COLOMA. (*Pequeñeces*).

«Y ofuscada su razón no supo contestarle que eran sus nobles sentimientos que despertaban ante las lágrimas de un niño, y luchando por romper la mortaja de fango que las envolvía, gemían como gime lo delicado *entre lo grosero*, lo elevado *entre lo bajo*, lo bueno *entre lo malo*, lo que es del cielo *entre lo* que sólo pertenece al asqueroso cieno de la tierra».

LUIS COLOMA. (*Lecturas Recreativas*).

«Chiquillos sin más traje que el de nuestro padre Adán en el paraíso, que saludaban al nuevo día dando zapatetas al aire *entre el coro* general de regaños maternos, que como el canto de los pájaros, comenzaba con la aurora».

LUIS COLOMA. (*Juan Miseria*).

Ahí están, pues, las lecciones de los maestros, el juicio de los siglos, el fallo inapelable de SU MAJESTAD EL USO. Ahora, á escoger entre este fallo y el dictamen de la Academia: no queda otro camino. Y la Academia misma, ¿seguirá sosteniendo ese dictamen tan terminantemente desautorizado por el mejor uso? ¿Qué importancia concede ella á la mayor parte de los escritores aquí citados? Oigámosla:

«Real Academia Española.

Los escritores que reputamos clásicos, á modo de tribunal supremo, apartándose á veces del rigorismo gramatical, aun cuando se dejan llevar por la fantasía, SIENTAN JURISPRUDENCIA EN MATERIAS DE LENGUAJE, ensanchan los horizontes del idioma, introduciendo en él nuevos modos y formas de decir que lo enriquecen, lo perfeccionan y lo hermean; formas y modos que cuando no están en oposición abierta con la naturaleza, las tendencias y las tradiciones del idioma, ADQUIEREN EL CARÁCTER DE LEY PROMULGADA POR EL GENIO Y SANCCIONADA POR LA POSTERIDAD».

(*Apéndice de El Castellano en Venezuela*).

Y si así piensa la Academia Española y así obra efectivamente, desde luego que el párrafo anterior está copiado de un fallo dictado por unanimidad, en que la ilustre Corporación niega su veto á ciertas observaciones del señor Julio Calcaño, apoyada nada más que en un verso de Balbuena y en otro de Ercilla, ¿cómo y de dónde sacará fuerzas legítimas que autoricen su novísimo dictamen acerca del uso que debemos hacer de la preposición *entre*?

Ahora no son Balbuena y Ercilla solamente, ni se trata siquiera de «formas y modos introducidos por el genio y sancionados por la posteridad», ahora tratamos de precisar el valor de un vocablo, de una partícula, propia del idioma por su naturaleza, ajustada á la índole y á las tendencias del habla de Castilla, y confirmada y sancionada por todo el mundo clásico, por el uso general de los doctos y de los indoctos, por todo el mundo hispano, antiguo y moderno, europeo y americano, letrado y rústico..... Ahora son la analogía, la historia y el uso general quienes protestan contra el dictamen de la Academia, y necesariamente la revisión de la Gramática se impone.

Pero aún podemos examinar el susodicho dictamen (que ya no puede ser apreciado sino como un deplorable descuido ó como una caprichosa innovación) desde otro punto de vista.

Según el mismo precepto explicado por el señor Picón Febres, «se dice con entera propiedad *entre flores*, verbi-gracia, porque EL PLURAL ES SUFICIENTE Á DETERMINAR DE UNA MANERA EXACTA EL SENTIDO DE LO QUE SE EXPRESA»; y esta afirmación demuestra por sí sola que la Real Academia legisló muy distraídamente, quizás por sorpresa, sin previo estudio del asunto. El plural no sirve en todos los casos; no se conforma siempre al

estrecho sentido nuevo de la preposición *entre*. Cuando decimos *entre flores* sí, porque expresamos situación en medio de una y otra flor, situación en medio de varias flores; pero si decimos que la sangre corre *entre las venas*, no, porque no hay sangre que corra entre vena y vena sino *dentro de cada vena*.

«Las lagartijas se ocultaban *entre las grietas*».

¿Cómo vamos á suponer que se ocultaban en el espacio comprendido entre una y otra grieta, en medio de varias grietas? No; aquí lo que se desea expresar es *dentro de las grietas*, *dentro de cada grieta*, lo que prueba que el plural no es suficiente, no puede satisfacer al novísimo precepto en este caso ni en otros muchos.

«Y durante muchos días vió flotar *entre los crepúsculos* vespertinos una nube blanca en figura de paloma».

¿Puede ese plural, *los crepúsculos*, satisfacer al novísimo precepto? No, porque indudablemente el autor no se propuso expresar situación en medio de uno y otro crepúsculo, en el espacio de tiempo comprendido entre el crepúsculo de ayer y el de hoy, lo cual equivaldría á decir que veía flotar la nube á media noche ó á mediodía, pero en manera alguna á la hora del crepúsculo. Este *entre* denota *dentro de*, dentro de cada crepúsculo.

En las frases tan comunes, *entre mis brazos*, *entre tus brazos*, *entre los brazos*, la preposición *entre* vale *en* y no denota situación entre dos. Véase este ejemplo:

«Y *entre tus brazos* descanse
De tanto afán».

ESPRONCEDA. (*Diablo Mundo*).

De manera que tampoco ahí es suficiente el plural, porque ese *entre* no determina el espacio comprendido entre uno y otro brazo, como cuando decimos *entre la espada y la pared*; bonito descanso sería ese!

Y para que se observe mejor la gran diferencia que hay entre una y otra frase, entre aquella en que la preposición *entre* hace oficio de *en*, y esta en que denota situación en medio de dos sustantivos, véase cómo en el primer caso nos es dado usar *en* en lugar de *entre*: «Y *en* tus brazos descansen», sin alterar el sentido de lo que se desea expresar; mientras que en el segundo caso es imposible: «*En* la espada y la pared», no es lo mismo que «*entre* la espada y la pared».

Tampoco dos sustantivos aun enlazados por la copulativa y serían siempre capaces de representar los dos términos requeridos por el nuevo precepto. Véanse estos versos:

«Como los galgos que la lengua estiran
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos miran
No la persiguen ni tras ella vuelan;
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza
Sin que se atrevan á seguir la caza».

VILLAVICIOSA. (*La Mosquera*).

¿Qué dicen esos versos? ¿Dirán acaso que los galgos se retiran á un lugar (¡vaya un lugar!) situado entre la sombra y las matas? No; ahí dice *dentro de la sombra* y *dentro de las matas*. Lo mismo ocurre con estos otros:

«*Entre el tropel, ruido y baraunda*,
De siervos una tímida manada.....»

BALBUENA. (*El Bernardo*).

Balbuena no quiso situar la tímida manada en un espacio libre, tranquilo y absurdo, no invadido por el tropel, ni por el ruido, ni por la baraunda, no: ahí dice que la tímida manada estaba *dentro del* tropel, *dentro del* ruido y *dentro de* la baraunda. Ese *entre* de Balbuena es otra protesta contra el nuevo precepto, como lo es este otro de autor notabilísimo:

«Gastado el pavimento, fue reemplazado en la galería con plastas de yeso y guijarro, tan feos á la vista como incómodos á la huella: con todo *entré el polvo y roña* se divisan acá y allá algunos trozos que bien lavados y fregados por mí, descubren su primitiva belleza.»

JOVELLANOS. (*Citado por Bello con otro motivo*).

Ahí dice Jovellanos *entre el polvo* y *entre la roña*, *dentro del polvo* y *dentro de la roña*, y no en el espacio comprendido entre el polvo y la roña.

Queda todavía por tratar la parte acaso más delicada del asunto, y la cual es razón dejar á la competencia de los sabios. Esta es: si la preposición *entre* no denota más que lo expresado por la Academia ¿cómo dió origen á tantos vocablos y frases contrarias á su estrecha significación? *Entre tanto* es un modo adverbial castellano ¿por qué se formó así siendo *tanto* un solo término? ¿O hemos de incluir la frase *entre tanto* en el número de los idiotismos?

¿Cómo se formaron las frases castellanas *entre año*, *entre semana*, y no *entre años*, *entre semanas*?

¿Qué diremos, según el nuevo precepto, de las voces en que la preposición *entre* no denota situación, sino que significa *medio*, *semi*, como en *entreabierto*, *entrecano*, etc., etc., que equivalen á *medio-abierto*, *semi-abierto*, *medio-cano*, *semi-cano*? ¿Y qué diremos de esa infinidad de verbos en cuya composición toma parte como prefijo la preposición *entre*, ya en su forma castellana, ya en la latina?

¿No se modifica el todo cuando se modifican las partes? ¿Qué significación debemos darles ahora á los verbos *entrar*, *introducir*, etc.? Sentaremos que no se puede *entrar* á una casa, sino al espacio comprendido en medio de dos ó más casas? ¿Diremos que no se puede *introducir* una cosa en otra sino en medio de otras?

He ahí lo que debemos dejar á la competencia de los sabios hablistas, y lo que la Real Academia ha debido estudiar antes de dictar su malaventurado precepto.

El señor Julio Calcaño no está enteramente de acuerdo con la Academia Española en este punto, no obstante ser don Julio uno de los inmortales que con mayor tenacidad y eficacia trabajan por sostener en la cumbre el prestigio de la docta Corporación; y emplea la preposición *entre* como se ha usado siempre, sin atender á lo preceptuado por la Gramática académica.

Copio de *El Castellano en Venezuela* :

«Comunísimo es en Venezuela, aun *entre gente* ilustrada y dada á los libros.....» Páginá 283.



¡ESTATE QUIETA! — Por C. Pattein

«Entre gente inculta ó no bien educada se oye tal cual vez.....» Página 270.

«No faltá entre el vulgo quien diga gómito por vómito». Página 36.

Y en la página 8 de la misma obra dice:

«*Inter* (entre ó en medio) y sus formas castellanas *entre* y *entro* expresan ó que una cosa está en medio de otras, ó una acción entre varias personas ó en lo *interior* del lugar ó espacio á que uno se refiere, v. g. *interponer*, *intervenir*, *interlinear*, *intercostal*, *entremezclar*, *entreprenar*, *entrometido*, *entrometer*, *entrometimiento*.»

Como se ve, tales observaciones no se compadecen mucho con el precepto en cuestión, pues que reconocen que la preposición *entre* denota situación en lo *interior* de, *dentro* de y en medio de; y, siendo ellas exactas, han de tomarse en cuenta al estudiar las razones de analogía que existan en pro ó en contra del dictamen académico.

Pero el señor Calcaño se va con pies de plomo en esto de desautorizar á la Academia, (en lo que hace muy bien); y por eso en las páginas 100 y 101 dice:

«Un decadente hace que el viento suspire «entre el frío mármol de una tumba», y no son pocos los que tan incorrectamente usan la preposición *entre*; «pero» dentro de un mármol no puede suspirar nada, y para que en casos tales pueda emplearse tal preposición, es necesario que ella denote acción ó estado entre dos ó más cosas ó acciones..... Cuando significa *dentro* de ó en lo *interior*, es necesario que haya seno ó cabida».

La censura no puede ser más justa: dentro

del frío mármol de una tumba no puede suspirar nada; pero nótese que el error no está en el uso de la preposición *entre* sino en la acción de *suspirar*; no en la situación, sino en la cosa situada; y nótese también que al reconocer el señor Calcaño que la preposición *entre* denota *dentro* de algo, en lo *interior* de algo, establece la excepción de que en estos casos es necesario que haya seno ó cabida.

El uso rechaza también esta excepción: no hay seno ni cabida (si por *cabida* entendemos *cavidad*) en lo interior de un sólido, y se dice correctamente que *entre* el cuarzo está el oro, *entre* el carbón el diamante, *entre* el tronco del árbol la savia; y se construye también la dicha preposición con sustantivos abstractos dentro de los cuales no hemos de suponer *seno*, *cueva*, *escondite* ni cosa semejante, como cuando decimos *entre* la esperanza, *entre* la alegría de la fiesta, *entre* la desolación de aquel estrago.

«Castropelo sufrió otro acceso de hilaridad, y pudiendo apenas decir *entre su risa*—¡pues tiene sombra la pregunta!—fué á contar al oído de la Duquesa la ocurrencia de la colegiala».

LUIS COLOMA. (*Pequeñeces*).

Para concluir. El señor Gonzalo Picón Febres declara que el mundo literario no ha hecho caso alguno del precepto académico, y esto acaba de rematar la autoridad de aquel precepto. ¡Qué caso se quería que hiciese el mundo literario de una definición falsa! Las cosas no proceden de lo que de ellas se diga; por elevada que sea la autoridad de quien

defina erradamente una cosa, esta cosa queda siempre siendo lo que antes era sin padecer ni la más ligera alteración en su naturaleza.

Hace mucho tiempo que el gran *Diccionario Universal* de Serrano dijo que Caracas, ciudad capital de Venezuela, está unida al puerto de La Guaira por un canal, y así lo afirman otros diccionarios; ¡y sería razonable que, atendida á esa definición, la Compañía del Ferrocarril entre Caracas y La Guaira vendiera sus locomotoras y sus vagones para comprar barcos!

La Academia, por uno de tantos errores de que es susceptible la flaqueza humana, ha dicho que el *aguacate* es una fruta cuyo *hueso* constituye un *manjar agradable*; y lo más posible es que quien se coma una pepa de *aguacate* reviente como un triquitraque.

Y si después de todo lo dicho hay quien se obstine en poner los dictámenes de la Academia por sobre la autoridad incuestionable del uso universal é histórico, escarmiente por sí propio en la siguiente forma:

Abra el Diccionario, busque la palabra *hamaca*, y aprenderá allí que *hamaca* es cosa que *sirve para caminar*. Cierre luego el Diccionario, cuelgue una hamaca y póngase á dar sobre ella unos cuantos paseos de *cabuyera* á *cabuyera* como para hacer la digestión de algunas pepas de *aguacate*.....

Los sesos esparcidos le enseñarán mejor que nadie y de una vez para siempre que la Academia no es infalible.

P. FORTOULT HURTADO.

Barbada, 1902.

EN TU ALBUM

Oh! tú la maga, la gentil sirena,
nacida, cual la diosa Anadiomena
del seno de las aguas, en la espuma
que arroja el Manzanares á la arena
y en flores y en aljófares se esfuma!

No fue la Venus del Olimpo griego,
ni aquella Circe cuyo dulce ruego
por largo tiempo cautivara á Ulises
de amor ardido en el candente fuego,
tan hermosa cual tú, divina Isis.

Si como Orfeo el tracio, con mi lira
yo apagara las llamas de la pira,
ó incendiara los cielos vaporosos;
si al hombre, al bruto sacudiera en ira,
ó tornara en esclavos cariñosos;

Si moviera las rocas como Atlante
ó influñera cual dios en un instante,
la magia toda de mi lira tracia
fuera rendir tu corazón amante,
hacer mío el imperio de tu gracia.

R. LOPEZ BARALT.

Caracas: 3 de octubre de 1902.

LAS QUESERAS

EN EL CENTENARIO DEL GENERAL J. A. PÁEZ
(PREMIADA)

¿A dónde váis?... Tened!... á los bridones
Volved... volved las riendas!... Es locura!...
Para vencer innumerables legiones
No han de bastar ni audacia ni bravura!

Si inútil es ¿á qué tal osadía?
Mas, ¿qué hacer ya?... Echada está la suerte!
Y cejar... fuera mengua, cobardía!
Combatid, vive Dios! hasta la muerte!!

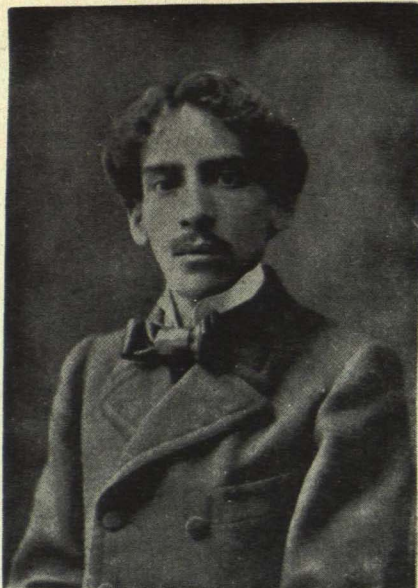
Allí va aquel que en su corcel salvaje
Es como el Dios airado de la guerra!
Ved, le arrebató indómito coraje!...
La lanza enristra que asombró á la tierra!

¿Cejaís?... Y ¿sin luchar?... Oh, mengua!... Oh, ira!
Y ¿ése el que muere á esclavitud prefiere?
¿No véis que el Genio de Colombia os mira?...
Quien lucha por la Patria ó vence ó muere!

Volved cara y morid! De vuestro yerro
Habréis al menos merecido pago!
Mas,.... ah!... ya os detenéis.... Ya el hierro al hierro
Responde, y siembra muerte, horror y estrago!

¿Qué clamoroso grito, el campo atruena
entre el fragor de la revuelta lucha?...
—“Gloria á Colombia!... por los aires suena
Y—“gloria á Páez”... por doquier se escuchall

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.



MAXIMILIANO GUEVARA



CUANDO comenzó el movimiento literario representado entre nosotros por la generación intelectual de los últimos quince años, tuvo aquél simpática y entusiasta resonancia en la capital de Carabobo, en donde otra vez despertaron las energías que en las letras habían caracterizado, años atrás, la época de *La Primera Piedra* y aun la de las primeras luchas políticas de la juventud carabobeña.

Entre los nuevos mantenedores de aquel entusiasmo y de aquel culto literario y artístico, contábase Maximiliano Guevara, quien, junto con su contribución mental, aportaba á la obra iniciada una fe nueva y vigorosa, y una robusta y consoladora confianza en el éxito de aquella actividad y en la eficacia de sus propósitos.

Solicitadas, las todavía no bien expertas aptitudes de los jóvenes de aquel movimiento en Carabobo, por los reclamos de una época y una situación política agitados y anormales, Guevara y sus compañeros—periodistas, escritores y poetas—hubieron de seguir el rumbo y corriente de los sucesos y enrolarse en ellos, como sola forma y único medio de conservar presentes en la opinión y consolidar el nombre recién adquirido y las promesas entrevistas.

Así se explica cómo, al establecerse en Carabobo el régimen administrativo surgido del triunfo de la revolución armada de 1892, Guevara, violentando acaso sus instintos é inclinaciones literarias, apareció, por secuela de los hechos cumplidos

y merecimientos en ellos conquistados, desempeñando la Secretaría del jefe civil y militar, Presidente luego de aquella entidad política de la República.

La labor burocrática es asediante y continua, absorbente y monótona; hace languidecer los más bellos impulsos del espíritu y reclama atenciones y aptitudes cuasi mecánicas, que restan á la personalidad expansiones genuinas, productos directos de sí misma. Concíbese, pues, que adscrito á sus deberes y riñendo la vida en la aridez de sus obligaciones oficiales, Guevara, escritor y poeta, apenas contase con el indispensable espacio espiritual para pagar tributo á las solicitudes de su temperamento y á ese otro deber imprescindible de sus aspiraciones de intelectual.

Merced á nuestras alternativas políticas, se abrió para el joven poeta un paréntesis de mayor calma y facilidades, y provisto de su acervo de aptitudes, de ideas y de esperanzas, vino á esta capital, al seno de una generación en la cual, á despecho de vicisitudes transitorias y de efímeros conflictos, tenía sus compañeros de ideal y de fe.

EL COJO ILUSTRADO ha recibido en sus columnas al joven poeta y en sus producciones puede descubrirse cuánta haya sido su consagración al cultivo de un arte selecto y noble.

Su poesía está inspirada en la misma fe, en el mismo entusiasmo y en el mismo amable optimismo y bondad personal del autor: ninguna vehemencia desgarradora, ninguno de los adustos dolores que envilecen, ni la áspera tristeza que conturba el ánimo, cercena la integridad espiritual y pone levadura de misantropías en el fondo de los más altos sentimientos de la dignidad humana, haciendo—por sus propias prevenciones—hostil la vida y mentidos los votos de la lealtad, de la buena fe y del cariño. En sus versos se descubre solamente el piadoso orgullo de hacer la idea tan bella y tan delicada cuanto se presten el plexo de la lira y la intensidad bien sentida de las emociones.

Tiene, pues, su musa la placidez serena de una vida de juventud y de ternura, sin que exhiba las rientes y bulliciosas alegrías de hallar buenos y hermosos el paraje y la hora en que se vive. Posee la suavidad melancólica de un creyente que conociese que no todos los instantes son inefables, no todas sus visiones arrobadoras; pero que sabe y siente cuando son más puros los cielos y cuando el ídolo es digno de que á sus plantas se postre en vasallaje un noble y valeroso corazón de hombre y de lidiador.

EL COJO ILUSTRADO, al traer á sus columnas la efigie del poeta, ha querido que se le halle en el puesto que sus condiciones le asignan, el día de revista y examen á la generación de que forma parte.



LA ANUNCIACION. - Por E. A. Maxence

INDÍGENA

(LEYENDA)

I

Allá en las pampas que el Janeiro baña,
Aún hay chozas indígenas, que fueron
Refugio de los indios que murieron
Con estoico valor en la campaña.

Cual Taped Amaruc, en lid extraña
El Cacique murió; los que pudieron
Del enemigo emanciparse, huyeron
En busca de quietud á una montaña.

Sobre la huaca del Cacique, inclinan
Los mangles su dosel, y la iluminan
Los astros como trémulos ciriales.

Y cuando el cielo sus crespones viste,
Entona el *urutí* su canción triste
Oculto en los frondosos saucedales.

II

La heroína Diamora; la que fué ra
De las comarcas indicas orgullo;
Murió también, efímero capullo
Que no llegó á entreabrir la primavera.

Y cuando en su agonía, la guerrera
Tribu, escuchó su postrimer arrullo;
Juró antes que su honor, vengar el suyo,
Besando su carcaj y su bandera.

Cuando á los rayos de la luna, inciertos,
Perfuman el recinto de los muertos
El cactus y la oliente zarzamora;

Evocando las sombras de los Incas,
Gajos de floripondios y pervincas
Lleva un indio á la tumba de Diamora.

JUAN DUZÁN.
Caracas - 1902.

DIVAGACIONES

Si es hermoso el raudal de la alegría
Que de purpúreos labios nace, y vierte
En los campos del alma esa armonía
Del amor, que se escucha hasta en la muerte;

Si es gloriosa la imagen de la vida
Coronada de rosas, nardos, palmas,
Por una veste sideral ceñida
Y diosa, entre el incienso de las almas;

Si es sagrado el amor..... (¡Suba á los cielos
El himno de este sér, que amor creara,
Y deje en lo infinito mis anhelos
Arder como los cirios ante el ara!)

Si es sagrado el amor, la vida hermosa
Y divina del alma la alegría;
¡Es que guarda esa luz la misteriosa
Estrellada mansión do sueña el día!

*
**

Oh Dolor! En mis sombras yo te veo
Como visión de nieblas inflamadas.....
Tú pasas como un místico deseo
Por entre mis creencias desoladas!

Cuando tan falsa miro la belleza
Que del vivir adorna las mentiras,
Y se abisma en las sombras la cabeza,
Y sueña el corazón sagradas iras;

Cuando por escuchar, tal vez perverso,
Los diálogos del alma con la muerte,
Hago vibrar los bronces de mi verso
Al soplo helado que el sepulcro vierte.....

Entonces ¡oh Dolor! es que presiento
Cuanto lo virgen de mi sér espera.....
Y lleno de alto horror el pensamiento
Vaga por el país de la quimera!

Qué sueño!.... Surgen pálidas visiones.....
La vida tiembla, desfallece,..... cae!
Morir!..... quiero mirar las creaciones
De ese espíritu inmenso que me atrae!

Morir?..... No ser!.... Pasar como una idea
Que entre sombras ahoga la inconciencia....
Morir?.... Y bien! ¿Hay algo que no sea...?
No es un símbolo oscuro la existencia...?

Morir....! Cambiar de sér, y amar la calma
Austera de ese claustro: el cementerio!
No sentir, no pensar, no tener alma.....
Y dormirse en los brazos del misterio!

Vivir extrañamente pensativos,
Y sintiendo el bullir de los gusanos,
Ofrecer á la ciencia de los vivos
Esta sencilla frase :—¡ Ved, hermanos!

..... Y al acercarnos á la fosa, vemos
Que el filósofo es vil, deshecha escoria.....
Y el alma siente horror.....; pues no sabemos
Que hay alma hasta en la lápida mortuoria!.....

Cuando la tarde inmóvil se extremece
Al Angelus que vibra en la campana
Y el lánguido crepúsculo fallece
Al toque de la sombra soberana;

Y luego el verbo de la noche explende
En el oscuro altar del firmamento,
¿No sentís que á vuestra ánima desciende
Un espíritu en cada pensamiento.....?

Morir! Oh seres! Si una voz os nombra
Cuando pobláis el cielo de querellas.
No temáis! no temáis!..... Hended la sombra
Y pedidle á la sombra sus estrellas!

*
**

Seré por mis estrofas más que un loco
Sacrilego del estro, necio ateo.....?
Oh! lo infinito de la luz es poco
Para animar las formas en que creo!

Y tanto amor, ideas y emociones
Dejo en mi altar con fervoroso anhelo,
Que espero que mil nubes de oraciones
Por apiadar á Dios vayan al cielo!

Amo el Misterio! Soy un descreído,
De todo Mito y Religión creyente.....
¡Pobre loco que siente haber nacido
Para abismar en el no ser la frente.

Soñador enfermizo que su pena
Calma encendiendo al Ideal un cirio!
Pobre bardo cuya alma le enajena
El tesoro de luz de su delirio!

Afuera..... ¡cómo brilla la alegría!
Del celestial amor ¡cuántas ternuras!
¡Os mima la sagrada poesía
Porque estáis complicados de amarguras!

Os sé adorar, aunque al dolor proclamo;
Y pues que en el dolor padezco y pienso,
Tanto el mal de sufrir comprendo y amo
Que al caído Luzbel tributo incienso!

*
**

Hay una edad feliz en que la aurora
Con dulce luz suaviza nuestra marcha;
Hay otra edad en que el viajante llora
Y el cielo vierte lágrimas de escarcha.....

Es la vida un poema!..... Risas, besos,
Amor.....! Pues que triunfó la primavera,
Gustemos de la vida los excesos,
Hasta apurar la copa postrimera!

Gocemos del festín!..... Del cielo caen
Al aura matinal, lucientes rosas.....
Aurora! Primavera!..... ¡Cómo atraen
Estas almas de formas voluptuosas!

Cambemos con la plácida mañana
Por nuestra vieja luz, vivo derroche.....
¡Que más tarde en la voz de la campana
Sentiremos el alma de la noche!

Por las aguas del cielo, en barca negra
Condenada á bogar, mi vida rema;
Y tan viejo soy ya, que ya me alegra
La última jornada del poema.

Y tan viejo soy ya, que en mis veinte años,
Me digo: es el vivir, por buena suerte,
La belleza de todos los engaños
Que prolonga otro sueño: el de la muerte!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

Caracas, 1902.

FAVORITA

POR M. R. BLANCO-BELMONTE



ODAS las tardes, al salir de la escuela, antes de volver á la casa de mis padres, me iba derechamente á la solariega mansión de doña Antonia de Cárdenas en busca de tres cosas que tenía la seguridad completa de encontrar.

La primera, y ¡por qué negarlo! la más importante, era la merienda, compuesta, según la estación, de naranjas, peras, uvas, melocotones, granadas, queso, miel ó almibares, amén de tal cual trozo de embuchado de lomo ó de chorizo curado al humo, acompañado todo ello de un blanco y sabroso *minguito*, cocido en el horno de la casona al mismo tiempo que las enormes hogazas destinadas á los gañanes del cortijo y á los guardas del lagar y de los olivares.

La segunda, no menos apetecida aunque menos suculenta que la merienda, era la conseja fantástica, el cuento peregrino con que me obsequiaba mi buena parienta mientras hacía su interminable calceta, al amor de la lumbre en el invierno y á la sombra de un romero del jardín en los meses estivales. El cuento no hay para qué decir que era manjar predilecto de mi imaginación apenas despierta. Oyendo á la señora de Cárdenas, el blanco potro de mis sueños galopaba desbridado por los jardines deslumbrantes que mostraba «Aladino,» merced á su lámpara maravillosa; paseaba por los estériles campos que rodean al castillo de «Irás y no volverás;» corría por la umbrosa selva con «Caperucita encarnada;» saltaba llevando á la grupa á la triste «Cenicienta,» y se detenía á escuchar las quejumbros de «Pulgarcito» y el espantable fragoroso resuello de «Soplín Soplón, hijo del buen Soplador.»

Y, en fin, la tercera de las cosas que iba yo á buscar en el recinto del vetusto palacio, que blasonaban dos lobos cárdenos en campo rojo, era... ocasión para hacer alguna diablura con la mansurrona gata, siempre tendida á los pies de mi tía.

Odiaba yo al inofensivo animalejo del mismo modo que Nerón odiaba al pueblo romano; con la diferencia de que el feroz Enobarbo deseaba que su Imperio tuviese una sola cabeza para poderla cortar de un solo golpe, en tanto que yo hubiera querido que *Favorita* tuviese cien colas, para tener cincuenta sitios de que colgar pedazos de hoja de lata, y cincuenta agarraderas de que asirme con fuerza brutal.

Sin razón alguna y sin causa que lo explicase, yo guardaba para el noblote *Canelo* las sobras de mi merienda, y reservaba para *Favorita* los pellizcos y las punteras.

Del blanquiritubio leblrel me agradaba todo: desde su adhesión muda, hasta las manchas de oro que lucían sobre la nieve de sus lomos.

De la inocente gata todo me era anti-pático: su piel negrísima, con negrura azulante, me recordaba el traje del preceptor, más amigo de darme palmetazos



ANDROMEDA. — Por Mlle. S. Page

que de concederme premios; sus uñas me hablaban, con dolorosa elocuencia, de arañazos aún frescos en mis manos, y hasta su nombre de *Favorita* se me antojaba un insulto para mis indiscutibles é indiscutidos derechos á la predilección y al cariño de doña Antonia.

Lo que más me desesperaba era que tan pronto como rompía las hostilidades contra el maullador animalucho, su señora ama se ponía resueltamente al lado de mi enemiga y me conminaba con la supresión del cuento ó con la privación de la merienda si no deponía mi actitud belicosa.

Tales conminaciones resultaban siempre eficacísimas.

La idea de perder mi refacción vespertina ó de no disfrutar del relato de las estupendas aventuras de «Tragabuchés» ó de «Mediopollito,» era llave que sin tardanza cerraba las puertas del templo de Jano; templo edificado en el reino de mis sentimientos antipáticos hacia la raza felina en general, y muy señaladamente hacia el ejemplar aborrecido que osaba bufar rencores ante mí y alargar la garra pronta al daño.

En vano mi tía procuró que hiciese en definitiva las amistades con la negra gata.

Jamás pudo lograr la realización de su empeño.

Su predicación de paz se perdía en el

desierto de mis odios, como se perdieron en los campos del Transvaal y del Orange las predicaciones de fraternidad y de concordia que espetó el Emperador de Rusia á las potencias del mundo.

La vispera de ausentarme de mi ciudad nativa, para emprender estudios superiores, quise despedirme dignamente de mi adversaria. A dicho objeto, até del rabo de aquel animal—tan bueno, según mi tía—una carretilla de pólvora, previamente encendida.

El susto de *Favorita* y sus lamentos desesperados al sentir la chamusquina, me regocijaron tanto que apenas si me impresionó ver á mi anciana parienta enjugarse las lágrimas que mi crueldad hizo subir á sus cansadas pupilas.

Al cabo de algunos años de ausencia—cuando ya había penetrado todos los secretos de la carambola por tabla, del «picado» y del recodo, y cuando, mal que bien, había obtenido la aprobación en aquellas ramas de la ciencia, ennoblecidas por Berthelot, por Amo y Mora, por Henry Buignet, por Orio y otros perspicuos varones—regresé á mi hogar, en el que la presencia del futuro próximo *pucherólogo* fue festejada con arroz y gallo muerto.

Pocas horas después de mi llegada me dirigí á la casa solariega de los Cárdenas con el objeto de dar un apretado abrazo á la septuagenaria heredera de las glorias de aquella casi extinta estirpe.

Al poner el pie en el amplio zaguán de la casona, saltó *Canelo* ladrando alegremente y vino presuroso á frotarse contra mis piernas, á lamer mis manos y á imprimir sobre mi ropa las huellas de sus manazas sucias.

Mi excelente tía me dispensó un recibimiento más cfusivo y más limpio que el lebel. La anciana señora lloraba de puro gozo y no se hartaba de mirarme, encontrándome más alto, más paliducho y más hombre. ¡Cómo no, si hasta en mi labio superior había ya asomos de bigote!

Doña Antonia, rindiendo culto á la tradicional costumbre de otros tiempos, me hizo sentar á su lado, y de la alacena del comedor fue sacando, y poniendo ante mí, un medio jamón, unos bizcochos de canela y una botellita de oloroso Montilla.

—¡Buena merienda!—exclamé.

—Pues á despacharla, y veamos si aún conservas el envidiable apetito de la niñez,—me contestó la amable señora.

—Ahora veremos—repliqué;—pero, para ser fieles cumplidores del antiguo ritual, es preciso que empiece usted á referirme uno de aquellos deliciosos cuentos, más sabrosos para mí que este jamón de Trévez y más dulces que estos bizcochos, que, ó mucho me engaño, ó proceden por línea recta de la cocina de las monjas de Santa Ana.

Sonrió melancólicamente la dama; inclinó la cabeza, llena de pensamientos generosos y de ideas cristianas, y al fin, como respondiéndome á invisible llamamiento, me preguntó:

—¿Tan flaco de memoria andas, que no me pides noticias de tu aborrecida é irreconciliable enemiga?... ¿No te acuerdas ya de *Favorita*?...

Callé, avergonzado por la vergüenza de la jugarreta que á modo de despedido hice á la mansurrona gata.

—Pues ya tenemos el cuento—prosi-

guió mi tía,—que, por esta vez, no es cuento y si verídico *sucedido*.

Un año después de salir tú para la Facultad de Farmacia, tu rival nos sorprendió dándonos un huésped: un gatito negro con una mancha en la frente; un animalejo tan gracioso y tan mono, que al poco tiempo de nacer era objeto de nuestros mimos y de nuestras más exquisitas predilecciones.

Favorita no se apartaba un punto de *Lucero*. Madre amante, velaba día y noche por su hijo. Se hizo revoltosa porque el gatito era revoltoso; jugaba porque *Lucero* jugase, y, para no cansarte, su celo maternal y sus cuidados confirmaron plenamente la opinión de que tu adversaria era, como siempre creí, un modelo de bondad.

Ahora bien: cuando llegó la época del esquiteo, ya sabes, la casa se llenó de gente; con las ovejas vinieron rabadanes, zagales y pastores, y con los pastores los mastines encargados de la guardia del rebaño.

¿Fue un mal intencionado el que hurtó a *Lucero*?...

¿Fue un mastín el que dió cuenta, a dentellada limpia, del lindísimo gato?...

No he conseguido averiguarlo. Cuando notamos la falta del hijo, notamos el cambio que se operaba en la madre. *Favorita* se olvidaba de comer y de dormir; corría desesperadamente por las salas; llenaba de maullidos lastimeros el patio; husmeaba en los alfólies; exploraba los tejados, y no dejaba mueble en la casa ni espesura en el huerto sin registro minucioso. Su dolor nos conmovía. Era enternecedora la angustia de la gata, no queriendo resignarse con la pérdida de su hijo.

Por último, *Favorita* se convenció de que su mal no tenía remedio. A partir de esa fecha, no volvió a quejarse, ni a recorrer los graneros, ni a buscar bajo los muebles.

Don Francisco, tomando chocolate una mañana después de celebrar la Misa, observó que la gata—ya recordarás que era negra—principiaba a encanecer.

Ocho días después de hecha la observación, la gata estaba casi blanca.

Ahora, ahora... juzga tú,—dijo señalando a un rincón.

Volvi la vista, y, sin rubor lo declaro, una lágrima tembló en mis pestañas al contemplar un gato flaco, espeluznado, ceniciento, que, lanzando un maullido tristísimo, arqueaba el espinazo y se dejaba caer en el rincón más sombrío de la estancia.

Un rincón negro, como la primitiva piel de *Favorita*. Un rincón negro, como la pena de una madre amorosa....

UN RARO

Fernández García se ha evidenciado como poeta. El raro de *Oro de alquimia* pertenece hoy a la lírica orden cuyo Prior fue Verlaine. Queriendo saber si sus trastos de orfebre servían así mismo para la grosera labor de la prosa como para la minúscula y delicada del verso, probó hacer una obra de arte que no fuera ni una ajorca ni una sortija, sino un rosario, un milagroso rosario que tuviera entre camándula y camándula de marfil, una piedra preciosa,—perla, rubí ó amatista,— y en esa piedra preciosa el desmayo de un matiz. Ese rosario singular es el rosario de su verso. Pa-

cientemente lo ha trabajado, y realizada su tarea ha sido admirable.

Ya andan por ahí algunas de sus joyas, deslumbrando los ojos avaros de los poetas, y encantando las almas. Hasta mi llegó una días atrás, una de esas joyas ilusorias, una lírica y fina joya de cuya belleza se escapa como de un cofre antiguo el hábito de un perfume ancestral, turbador y sutil. Me refiero a *Roja Oración*. Aparte del motivo que anima ese poema, hay otra cosa en él que más intensamente sugestión y deleita.

Con amor inaudito ha buscado el poeta el verso más propio, más flexible y de armonía más recóndita, para escribir esa *Oración* que unos labios de devota pronunciarían acaso con más dulzura que el «Loado seas, Señor mío, por la hermana agua....» del fraile Francisco.

Y, ese verso de eurytmia secreta, es el galante verso de nueve sílabas, el aristocrático verso, amor de José Asunción Silva. El esquivo verso que usó Guillermo Valencia para escribir su *Amarillo Cromo*, descoyuntándolo, afeminándolo, dándole nuevos cortes y cadencias extrañas; el mismo metro que Blanco Fombona, en *Las joyas de Margarita* y otros poemas ha manejado magistralmente.

Cuando el tiempo ponía sobre tan noble rima, como sobre un tapiz su polvo inmisericorde, Fernández García, enamorado como Silva de las cosas viejas, lo ha resucitado. Y se diría que al contacto de sus manos prestigiosas ha adquirido mayor encanto, mas rareza y mas flexibilidad: al contacto de las manos tan finas que han escrito las prosas de aquel libro, perpetua pesadilla de los paralíticos del ingenio.

Espíritu sutil, el espíritu de Fernández García busca y rebusca en lo pasado, la crónica, el corte, el estilo, la forma hoy desconocida, la palabra de evocación que mejor interprete sus sensaciones y mejor corresponda a su arte exquisito, para luego, en su taller de alquimista, continuar la tarea modificando, seleccionando y embelleciendo, la crónica, el estilo, el corte, la palabra según lo exija su estética impecable. Es en esa labor en donde mejor se revela la lírica vocación de este poeta. Escasos son los rimadores que hoy día se entregan a esa labor en cuerpo y alma, labor para la que se requiere, entre muchas cosas, una noble pasión por lo bello, un espíritu observador y culto, un ingenio sutil y mucho amor a lo raro, porque su poesía es rara, como el tocado de Salammbó.

Ojalá Fernández García, que es uno de esos pocos trabajadores, no vacile ni desmaye en esa obra de renovaciones. Ojalá que animado por el odio de los impotentes, siga oficiando como poeta en el monasterio de Verlaine, ya que tiene alma buena y buena paciencia. Acaso con más amor todavía, seguirá resucitando antiguas formas, y quizá Maese Berceo le prestará su verso, su alejandrino gemelo de belleza inverosímil. Entonces podremos sentir nosotros, los pobres fieles del lírico monasterio, los acólitos de hopa prestada, leyendo sus extraños versos, las diversas sensaciones que dejan en el alma del poeta, la turbación de un perfume, la visión de los matices que pone la tarde en el frío azogue de un espejo, y la contemplación de una desteñida tapicería del siglo XVIII.

CRÓNICAS DE POETA

VI

JOYAS ESPAÑOLAS



El Sol en octubre, a las tres de la tarde, como un gran velo de sangre, arropa la ciudad. Bajo el incendio del Sol, Caracas se amorra. Y los follajes mustios de los árboles, los lentos carros de los tranvías, los cocheros que dormitan sobre el pescante de los coches, los perros que roncan en la sombra apacible de las aceras, las mismas campanadas soñolientas del reloj de la Catedral, que apenas tienen fuerza para romper el cristal del aire con sus frágiles alas sonoras, todo, todo lo adormilado y perezoso de la hora caliginosa y pesada hace pensar en aquella Caracas de antaño, en aquella vieja Caracas de la Colonia, en aquella vieja Caracas silenciosa y muerta, en que nuestros sabios abuelos, ignorantes del *Foot-ball* y de los figurines y las novelas francesas, se recostaban majestuosamente, después de atrancar las pesadas puertas de sus casas solariegas, en sus monumentales y orgullosas camas de caoba incrustadas de tornasolados nácares y de amarillos marfiles, mientras el Sol, por sobre los tejados, dejaba caer su gran velo terrible color de sangre, tejido de llamaradas....

Recuerdo ahora, la historia romántica y triste, la lírica leyenda de una de esas camas monumentales y soberbias.

En la casa de mi amigo había una de esas camas. Era una cama viejísima, colosal, grandiosa, cuyo poseor se remontaba a uno de sus inmemoriales abuelos. De familia en familia había llegado hasta él. En ella había nacido, lo mismo que su madre y su abuela. La cama al parecer, le venía por herencia de la línea materna. Aquella cama había dado abrigo bajo sus pesadas colgaduras a más de diez generaciones que se habían desvanecido en la sombra y en la muerte. Y sin duda en las noches nupciales había sido confidente impasible de besos finos como flores, de murmullos tenues como alas, de caricias leves como sedas, y de suspiros de dicha y placer dulces como miel y rosas.... Y sin duda habría recogido también el llanto primero de los recién nacidos, lo mismo que las postreras lágrimas de los moribundos, los sollozos y las deprecaciones, las lágrimas de despecho de las esposas engañadas, las reconvenções, las quejas, y en suma, besos, muchos besos, los infinitos besos de amor y desesperación, de llanto y placer, de incontables generaciones difuntas.

Pero día por día, hora á hora, año tras año, la cama había ido perdiendo su primitivo prestigio. Lentamente fue perdiendo su poderío, hasta que al fin sustituida, al correr del tiempo, por otras camas de moderna construcción, fue arrojada del dormitorio principal, hasta que de cuarto en cuarto, había ido á parar á un destartado desván, en donde en compañía de infinidad de trastos inservi-



ATACADO POR UN LEÓN. — Bronce por Bertoldo (Florencia) siglo XV

bles y desvencijados, y multitud de retratos desteñidos de abuelos olvidados, sólo sirvió ya para que las viejas y silenciosas arañas tendieran en ella sus intangibles y milagrosos tapices color de polvo.

Allí había permanecido por largo tiempo olvidada y silenciosa, tal como una reina destronada, con la solemne tristeza de las cosas ennoblecidas por el tiempo, recordando quizás los pasados días esplendorosos, llorando tal vez lentas lágrimas invisibles de desesperación y amargura, hasta que un día le llegó la hora de morir definitivamente.

Un día la vieja cama leandriana y heroica, la vieja cama monumental y soberbia fue vendida por su fina y preciosa madera de caoba, por sus incrustaciones riquísimas de versicolores nácares y maravillosos marfiles, á un constructor de instrumentos de música. Las ricas maderas y los viejos marfiles de la suntuosa cama fueron á formar entonces el vientre de las guitarras, el pecho fino y enjuto

de los violines, la caja armoniosa de las mandolinas, los brazos de las harpas, las vibrantes costillas de los armoniums y de mil y mil instrumentos musicales que, cuando vibran pulsados por las hábiles manos de sus dueños desconocidos, ignoran el secreto que anima sus músicas, en cuyas frases incomprensibles y confusas, corren las lágrimas, se escuchan los sollozos, vuelan los suspiros y se rompen los besos de las infinitas generaciones desaparecidas en el abismo del tiempo.

Y muchas veces quizás, los instrumentos ni cantan, ni sollozan, ni suspiran, sino que lanzan, rebeldes á las manos que los pulsán, roncadas sonoridades, bárbaros arpejos, que es sin duda la manera como traducen los violines y las arpas, las dolorosas imprecaciones de la cama vetusta, al enclenque y degenerado descendiente, que traficó con la madera preciosa y sagrada en donde habían nacido sus antepasados...

Ora tardes, en compañía de Alejandro Carías que, como Asunción Silva es poeta, y como Asunción Silva ama las cosas viejas, entré á la Iglesia de *San Francisco*. La iglesia es para nosotros adorable por sus altares viejísimos de madera esculpida, en donde el oro, ennegrecido por el polvo, empañado por la edad, lanza un triste reflejo amortiguado de vino viejo.

De altar en altar, mirando los oros moribundos recorremos las anchas naves sonoras, de cuyas baldosas parece que surgiera no sé qué extraño frescor. Un raro perfume sutil vuela en la atmósfera, perfume en el cual se mezcla el olor capitoso del incienso, con el delicado, fino, voluptuoso de los trajes femeninos.

Admirando los altares, admiramos en ellos toda la delicadeza con que la piedad los enoja. El paño de los altares



LAS MEDUSAS AZULES. —Por Mme. V. Demont-Bron

es de una batista casi irreal, de una blancura imposible, como tejida por una hada, en un claro del bosque, con los más finos rayos de la luna; los atriles en donde descansan los enormes misales, cuyas mayúsculas pensativas tienen una enigmática actitud; los cirios apagados, largos y tristes como lágrimas, y por último, á un lado del altar, bajo un humilde marco de oro, el evangelio de San Juan abre allí su corola de nieve, como una rara flor de las aguas....

—A las iglesias católicas, cuando están vacías y silenciosas,—me dice mi amigo, debemos acudir los artistas á soñar los temas de nuestros poemas. El ambiente que aquí se respira no puede ser más propicio para aguzar los nervios y predisponerlos á la misteriosa labor de la creación. Y pensando de esta suerte, miramos de pronto en un rincón de la iglesia, una joya hasta entonces oculta á nuestros ojos.

La joya es un confesionario. Pero un confesionario monumental y gigantesco, triste y severo como un sitial; un confesionario gigantesco, toscamente labrado, lleno de manchas y mohos; un maravilloso confesionario, tal vez construido en España, en la época robusta y grandiosa de las Cruzadas, y venido á América para algún convento de monjas, ó para alguna Catedral famosa. La robusta y formidable, la pesada y tosca construcción del viejo mueble místico dan la idea de las almas y los pecados de la época,

y dice tal vez, con mayor elocuencia, aquella cosa vieja y triste, que los complicados párrafos de la prosa del místico psicólogo.

Y el severo confesionario, en la iglesia silenciosa, en esta edad muelle y refinada, respira una gran melancolía. El gran confesionario sueña quizás en los pecados de antaño, en los antiguos crímenes enormes de los que ya murieron, en las pasiones volcánicas de aquella edad pasada, heroica y lírica. Ya no se arrodillan en él las terribles mujeres españolas, de pupilas como carbunclos, en donde tiemblan las lágrimas, á decir sus ardientes pecados de amorosas enamoradas; ni los donceles feroces y delicados que sabían matar como morir por amor. Hoy no se ama ni se peca como antaño. Hoy para el amor hemos importado una frase de Inglaterra. Hoy se *Flirta*.

Viendo el monumental confesionario mi amigo encuentra un tema para un raro y bello poema y me dice:

—Voy á escribir unos versos que expresen todas estas cosas lánguidas y tristes y cuyo título será sin duda: *Las confidencias de un confesionario*.

¿Te gusta?

A. FERNANDEZ GARCIA.

1902.



EL SECRETO DEL BIENESTAR



El secreto de mi fortuna? Está contenido en cinco palabras y puedo decíroselas; no hago de él un misterio, así como tampoco de mis modestos comienzos: he conocido la pobreza, la miseria misma, y no me quejo, puesto que es uno de los conocimientos más útiles que pueden hacerse al principio de la vida. Todo consiste en no continuar su práctica más allá de cierta edad.

Comerse los codos es uno de los alimentos más nutritivos de la juventud, uno de los que sostienen mejor la energía y la voluntad; nada fortifica tanto como él, y os lo recomiendo desde los diez y siete años hasta los veinte ó veinte y tres. Les tengo piedad á los hijos de los ricos, que se privan de esta alimentación tópica: les faltan grandes cualidades naturales para suplir los beneficios de una pobreza que educa á la vez el valor y el ingenio.

Pero, repito, la indigencia no es buena sino á condición de no durar demasiado, porque de lo contrario agota la madurez, con tanta facilidad como fortifica la adolescencia.

¿Cómo se sale de la miseria? Nada más sencillo. Aplicad mi fórmula con talento



Jeanne Darlays, en "La Walkyrie"

y os garantizo el éxito en toda empresa. Evidentemente que no hablo de las luchas audaces en que el éxito depende de un golpe de fortuna, y mi receta no os servirá para nada si frecuentáis la Bolsa ó la Ruleta. Aunque, á decir verdad, también sirve, puesto que mi fórmula os impedirá frecuentar esos antros y os hará manteneros fuera de sus riesgos. Para lo demás, para toda empresa cuyo resultado esté subordinado á vuestra iniciativa personal, os respondo de su excelencia y /la demuestro con mi ejemplo: ved en mí á un pobre diablo en la abundancia, á un enfermo lleno de salud, á un harapiento que gasta carruaje!

Mi fórmula se aplica á todo: con ella, consolidaréis vuestro temperamento, remediareis los peligros de vuestra diátesis y prolongaréis vuestra vida; en lo moral, atenuaréis la influencia de vuestros

malos instintos, no tendréis ningún vicio, no haréis ningún mal y si á menudo mucho bien; no os prometo absolutamente que tendréis honores, pero os aseguro que permaneceréis siempre honorables; seréis valientes sin alardes, arrostraréis los peligros sin provocarlos, y casi siempre saldréis bien de ellos; soportaréis la adversidad y ésta cesará; nada nos preserva de los dolores y de los pesares, pero os sobrepondréis á ellos. Y jamás os aburriréis! Mi fórmula comporta placeres, aun los exige, y faltaría á su prescripción divirtiéndose poco, evitando el goce y trabajando demasiado.

¿Comienza esto á seduciros? ¿Me compráis mi panacea? No la vendo; la doy, por caridad fraternal! Pero, os prevengo antes: la receta no servirá de nada si sois un tonto; su aplicación exacta pide una perfecta lucidez de espíritu, ó si queréis,

de buen sentido. No os alarméis, sin embargo: si sois un imbécil, siempre os será útil, aunque menos, y ya con esto puede decirse que es provechosa á todos, en razón directa del discernimiento que se emplee en su aplicación.

Ahora, hé aquí las cinco palabras, sé-samo de todas las puertas: *Cada cosa en su lugar.*

Nada más; es todo. Ahora sois dueños de curar ó de aliviar vuestras penas, vuestros males, vuestra miseria, de adquirir bienestar, de tener talento, á falta de genio, y de llegar á ser, según vuestras aptitudes, un comerciante próspero, un empleado modelo, un buen pintor, un escritor apreciable, un ministro aceptable, un admirable director de teatro ó un socio de la Comedia-Francesa, un general que gane batallas, un financista feliz, un rey histórico; viviréis en paz en vuestro hogar, y si os parece, conside-

rado en el país; seréis útil á la patria, al mismo tiempo que á vos mismo; y al cabo de todo esto, si creéis en Dios y en su Paraíso futuro, moriréis sin temor y sin remordimientos, con la bella certidumbre de prolongar en el otro mundo la recompensa de vuestros merecimientos. Amén!

Repito: *cada cosa en su lugar.*

Voy á explicarme: «Cada cosa tiene su lugar, no solamente en el espacio, sino también en el tiempo.» Es decir, que importa, á la vez, hacer cada cosa en un momento oportuno, y colocar cada cosa en el sitio que conviene.

Hé aquí el doble problema, que pone á prueba el valor de la inteligencia: ¿cuál es el momento de la acción? cuál es el lugar de la cosa? Toda cosa tiene un lugar, un buen lugar, y no más que uno. Todo acto responde á la necesidad de un momento, de un momento único.

Saber el lugar de las cosas en el espacio y en el tiempo, ahí está el secreto. Dios sabe el lugar de las cosas, y por este solo medio realiza y conserva la armonía de los mundos: la física y la química colocan las cosas en su lugar: Dios es el gran físico, el gran químico que conoce las reglas y las aplica; es el Omni-Ordenador por excelencia. Nosotros los hombres no podemos sino trabajar por conocer parcialmente esas leyes que prescriben el lugar de las cosas y que rigen las fuerzas de su colocación. Alcanzamos mayor ó menor éxito en esta labor, según la capacidad de nuestra inteligencia, y los resultados felices ó desgraciados dependen de la manera más ó menos lógica en que hayamos practicado esas leyes de la armonía, con respecto á nuestros propios asuntos.

La lástima es que pocas criaturas humanas se toman el trabajo de reflexionar durante el tiempo que sea necesario para descubrir cuál sea el lugar verdadero de los objetos ó de las acciones, y se hacen mil disparates, por tontería. Digo «por tontería» y no «por torpeza;» puesto que los animales, con menos pretensión, son regularmente más entendidos que nosotros, y en el radio más reducido de las funciones que tienen que llenar, su conducta es mucho más ordenada que la nuestra. Es muy raro, en efecto, que ellos no pongan las cosas en su lugar; esto depende de que los vicios no existen en ellos sino por excepción y en particular en aquellos que hemos domesticado, imponiéndoles costumbres contra natura; porque, un vicio ¿qué es sino un hábito contra los votos de la naturaleza? Beber sin sed, absorber voluntariamente venenos, con el solo fin de atrapar una fiebre cerebral que llamamos embriaguez; mover y remover apasionadamente cartones pintados sin saber en dónde han de situarse, ó vincular la vida en una bola que da vueltas; tragar humo acre, sin ninguna obediencia y transformarse la boca en chimenea; los leones no hacen nada de esto, y si alguno de ellos lo propusiese á sus parientes ó amigos, lo considerarían como un león loco, esto es, como un león enfermo. Observadlo bien: el vicio no es sino una aberración que consiste en no colocar las cosas en su lugar.

Acontece lo mismo con la fealdad, que es un vicio de la forma. Sois bella, señorita; pero si hiciérais bajar vuestro ojo izquierdo de su sitio siquiera dos centímetros, considerad cuán fea queda-

rais; apenas dos milímetros bastarían para hacerlos horrorosa: todo porque el ojo no estaría en su lugar! Un seno es, sin réplica, una cosa admirable, pero si se colocase entre la oreja y el cuello, cuánta vergüenza causaría semejante pamera! La fresa tiene un bello color y una dulce carne que convida á morderla, pero en la nariz de un cochero no sirve para nada. Un brazo de niño tiene líneas exquisitas que tentarían á Rafael, pero sienta absolutamente mal en el cuerpo de un adulto. Recordadlo bien, la fealdad no existe en la naturaleza: nada es feo. Lo que hay son cosas que no están en su lugar.

Así mismo, nada es sucio. Millares de cabellos rubios ó negros forman el delicioso cuadro de un rostro y quien los ama los besa con fervor, pero uno cualquiera de ellos dentro de la sopa le disgustaría profundamente, y los llamaría ascosos, el muy ingrato! Y si al día siguiente, esa misma sopa que tanto respecta la hallase en parte insignificante sobre la cabellera de su amada, exclamaría: «Qué asco!» No, la sopa no es suciedad, los cabellos no son ordura; basta simplemente que se les coloque en su lugar, la sopa en la sopera, los cabellos en la cabeza. La sangre deja una mancha y es, sin embargo, vida en las venas! Nada es sucio: lo que sucede es que no siempre ponemos las cosas en su lugar.

Nada, tampoco, es veneno! No hay plantas venenosas, sino plantas cuyos jugos no están en su lugar en nuestro sistema digestivo ó circulatorio. Los venenos son remedios si los ponemos en su lugar. El peregril, señora, no es tóxico en nuestro guisado, pero lo es en vuestra cotorra. No lo ofrezcáis á ese pobre volátil; dejad el peregril en su puesto. Además, estad segura de que en los bosques del Perú, no lo comería, porque así se lo advierte un sentido natural.

Este infalible sentido, que se llama el instinto cuando se trata de los animales, lo llamamos «buen sentido» cuando nos referimos á nosotros. Y tenemos razón, porque el tal sentido es realmente bueno. Pero el diablo todo lo añasca, y á veces falta ese sentido cuando más empeñados estamos en descubrir cual es el lugar de las cosas.

Ahora, en este bajo mundo no se trata sino de eso: de saber el lugar de cada cosa. Hecho esto, ya no hay más que hacer...

Hasta este punto habló el monomaniaco.

EDMOND HARAUCOURT.

DEL LIBRO «DE MIS LARES»

NOCTURNO

A ISABEL SANTANA.

Profundas soledades de la noche!
Tienden las sombras su mortaja de tinieblas, sobre colinas y arboledas, valles y sembrados, mientras que lentamente van pasando las silenciosas horas nocturnales.

En medio como á quietud de los sepulcros, se alzan las fétricas visiones, al delinearse en el fondo de la densa obscuridad, el escueto contorno de los sauces, que á la vera de los caminos se yerguen alineados.

Baja de la montaña el lánguido rumor

de las quebradas, como el triste salmodiar de una querrela; el viento sopla yerto en la comarca, y vagan murmurios quejumbrosos, traídos por las ráfagas que á su paso abatieron inclementes los sembrados.

Profundas soledades de la noche!

Rápidas, cruzan y serpean por instantes, las débiles fosforescencias del cocuyo; desde la enhiesta copa de los árboles dilata su graznido aterrador el buho hambriento, que busca pasto á su rapiña, en donde cuelgan y ocultan sus nidos el azulejo y el turpial; y en la cabaña, el gallo que recogió su tribu bajo el alar de la enramada, anuncia con su monótono cantar, cómo lentamente van pasando las silenciosas horas nocturnales.

En la cabaña, duermen sobre la troje los chiquillos, sueño reparador é inocente, mientras la madre consume la velada, á los reflejos moribundos de una luz, que próxima á extinguirse, oscila ó parpadea.

Llora la pobre campesina el abandono cruel y la triste horfandad de sus chiquillos, y en la comarca desolada, se confunde el lamento de sus penas con el lánguido rumor de las quebradas; recoge sus congojas el soplo yerto de las ráfagas que pasan quebrantando los sembrados; y sólo tiene resonancia el graznido aterrador del buho hambriento, que desde la enhiesta copa de los árboles, tiende el vuelo en retorno á su guarida, y se pierde en las profundas soledades de la noche.

JOSÉ ANTONIO ESPINOZA.

1902.

PAGINA

La media noche. En la penumbra del cuarto de estudio todo es de una vaguedad indecisa, las paredes á trechos blancas, á trechos sombrías, un lineamiento de sombra finge en el techo el ala de un querub negro que descende. Es lo impalpable.

Afuera, en el patio, la luna ilumina las cosas con fulguración de ensueño. Un halito de frescura pasa como una bendición.

El insomnio pone en el espíritu un infinito hastío.

Algo parecido á la angustia invade el corazón.

Escribamos.

En la mesa está un viejo periódico. En ese periódico están unos versos de Rufino Blanco Fombona.

Blanco Fombona es un poeta exquisito. Yo quiero á ese poeta, como quiero á Guillermo Valencia y á Leopoldo Lugones.

Me ha enseñado á sentir. He vibrado leyéndolo.

Los versos se titulan *Lo que dice la musa* y son encantadores. Tienen mucho de adorables. Son perfume.

Cifre gasas á tu amada Colombina; tu no sabes la adorable turbación, de una blanca, no discreta muselina.....

Esto no lo escribe un académico setentón, sino un grande artista. Porque para decir las cosas así, tan bellamente, para sentir la nobleza de esa emoción y precisar en rima tan delicada la aristocracia, la finura, la preciosidad de esa sensación cultísima, se necesita tener un espíritu muy amoroso, un temperamento muy alto.

Entre el Blanco Fombona crítico y el

Blanco Fombona poeta yo quiero al último.

Ese poeta es ingenuo. Tiene la virtud de ser franco y el valor de su sensacionalidad. Su verso es diáfano, como una fuente y es triste. Ha tomado de la estrella el fulgor lejano, fulgor de crepúsculo. El colorido de esta musa es leonardino. El alma es bohemia.

Su rima es nerviosa como él, insinuante como una música, dulce como un beso, turbadora como un vino.

Por eso lo admiro y deja en mí, la dulzura de un cariño muy suave.

El alma de *Trovas* es dolorosa y es bella, como el alma errante de la gitana. En el Hospital está la gloria del claro-oscuro. Las tintas son un prodigio de exactitud. El silencio del jardín, el olor de las drogas, la blancura tenebrosa, cadavérica de las paredes, el rostro de los inválidos, la voz apagada, colérica a las veces, a las veces melancólica de los enfermos. Pero todo eso, muy bien dicho, expresado con toda la afección de su sensibilidad artística.

Para el color no hay como Blanco Fombona. Ese tacto para que el tinte no suba, es lo que más admiro en este ingenio primoroso.

Tiene el santo cuidado de no ofuscar. Su estrofa subyuga los ojos como la luz de la tarde. Su lectura deja en el ánimo el arrobo de una noche de luna. Su poesía es de un encanto de penumbra.

Blanco Fombona tiene para mí el raro dón de los grandes poetas: el dón de evocar lo Inefable.

Toda una bandada de pensamientos hermosos y de fantasías galantes, buscado en la frente.

Es delicioso.

Se diría cada estrofa, una ánfora de esencias y se percibe un soplo acariciador.

Virgen pálida es un poemín de quien pudiera decirse por lo diminuto y elegante, que tiene «el largo de una hoja de lirio y el ancho de un pétalo de rosa.»

Blanco Fombona debe trabajar con mucha adoración y mucha finura, porque sus versos son adorables como una mujer, y finos como un guante.

Te vi la vez primera, en mis confusas
y borrosas visiones de poeta,
hermana de las Musas.

Esto de una suavidad de terciopelo azul. Esa fluidez melancólica de distante melodía, la atesoran muy pocos.

Luis G. Urbina es uno de ellos.

Entre estos dos poetas existe un parecido en el color: pero Blanco Fombona es más aristocrático en la forma. Urbina sin embargo es delicado. Aquellos dos portentosos sonetos *De Rembrandt*, son digna copia del Goya holandés.

El nostálgico de Amsterdam, que ha puesto el oro de las libras esterlinas en cabellos de mujer, es un hábil onomatopeyista.

Hay versos en él, que denotan claramente, milagrosamente, la sensación recibida:

«Á llevarte el candor de mis jardines
y á decirte que estoy enamorado.»

No es verdad que hay en el último verso, el romántico desmayo espiritual de las primeras ternuras?

En la nueva generación hay un poeta que va poseyendo el colorido del refinado de *Lira de Oro*. El colorido nada más. La inspiración es propia y va esa inspi-



Mme. Litvinne. — Del teatro del "Chateau-D'Eau"

ración creciente, tras la ruta luminosa que dejó José Asunción Silva.

Ese poeta es Alejandro Carias. De Blanco Fombona tiene el tono crepuscular, no la entonación.

La tristeza del Agua tiene por la coloración de véspero un cercano parentesco con *Carta Lirica*.

La entonación de Blanco Fombona es musical, rítmica, algo oriental por el dejo triste, caprichosa, suspirante, acariciadora.

Straus en el verso.

Blanco Fombona ha sufrido un cambio. Blanco Fombona no es ya aquel poeta insurrecto, aquella musa sensual, á lo Verlaine, que tomaba ajeno. Esa musa bebe hoy moscato y pasa bella y soberbia como gran dama, ante los mil ojos, recogido el enfaldo, el tocado principesco, graciosa y esquiva, enguantada la mano.

«Tu verso, heroico como una amazoná,
perfuma la lira;

es lluvia fragante de rosas,
un condor si vuela,
si arrulla, una blanca paloma.

Absorto el poeta
escucha la cítara eolia.»

Este es un fragmento de *Lira de Oro*. Un selecto pedazo de música, que no puedo resistirme á copiar.

El verso es alado como un pájaro, perfumado como un lys. El verso no tartamudea, canta y encanta. Se advierte á primera vista que brota fácil y armonioso, como el trino de la garganta del ruiseñor.

Además de todo eso, Blanco Fombona es un poeta honrado que no ratea. Su flor es propia. En ninguna penitenciaría literaria se ve su busto como plagiarlo. Es íntegro.

Hasta el cuarto de estudio llega el rumor del alba. En el cielo hay presentimientos de luz. Se oye el paso de gentes

que van al trabajo, charlando locuazmente y en mi alma se alza la pesadumbre de lo desconocido.

He escrito algo.

Y en el instante mismo en que voy á trazar la firma me viene el recuerdo del Poeta sobre quien he escrito, un hombre inquieto, vivaz, que conocí en la cárcel, el hombre inquieto por cuyos ojos brotaba una llama de virilidad y en cuyo rostro, como en el de Byron, parecía retratada el alma orgullosa de su raza.

E. HERNANDEZ H.

Maracaibo, 1902.

R. BLANCO FOMBONA

Hé aquí los términos en que éste se expresa en su folleto «La Americanización del Mundo», acerca de la pretendida influencia mundial que por medio de la literatura ejercen los Estados Unidos:

«Por la literatura y el periodismo no creo que los yankees hayan ejercido influencia hasta ahora en ninguna parte del mundo. El periódico yanqui, á pesar de su apariencia, colores, grabados, tamaño y cuanto halague al ojo, es el centón más ridículo que pueda imaginarse. Salvo en anuncios del extranjero, cualquier diario de Sur-américa, de España ó de Italia es muy superior. Aquellos retratos son de pulperos sin importancia, aquellas páginas de texto impurido, son relatos de una cocinera que se divorcia, de un tranvía que se descarrila, ó de un negro á quien linchan en Kentucky ú Ohio. Lo que merita dos columnas de prosa indigesta para el *reporter* de New-York, no pasa, en pluma de un *chroniqueur* parisiense, de cuatro líneas espirituales. El periódico en Europa y Sur-américa es más literario y de más médula.

«El diarismo en Norte-américa es, además de incoloro, anónimo. En los otros pueblos que cito las hojas llevan al pie de los artículos nombres ilustres: Angelo De Gubernatis ó Matilde Serao; Rubén Darío ó César Zumeta; Pablo Adam ó Cástulo Méndes; Joaquín Dicenta ó Benito Pérez Galdós. En las noticias del extranjero superan, sí, los diarios de Chicago y de New-York á los periódicos de todo el Mundo. El yanqui paga caro su noticia extranjera; porque aprecia la importancia de la información mundial. En Europa, por ejemplo, apenas se tienen otras noticias de Sur-américa sino las que New-York y Washington publican y según su interés hacen circular. Así, los europeos, sin darse cuenta, y por ahorrar un cablegrama, sirven los intereses yanquis; muchas veces, cuando no siempre, contra los propios intereses europeos. En este sentido es como aceptaría la influencia de la prensa yanqui en el Mundo; y si bien se examina la influencia es del capital y de la política, no del periodismo.

«Cuanto al arte, es ya un lugar común afirmar la absoluta incapacidad de los yanquis para cultivarlo y producirlo.

«No se quejen. Las aptitudes se dividen en los pueblos como en los hombres. Fenicia y Cartago no rivalizan en la historia del arte con Atenas y Roma. Aun el mero apunte del Sr. STEAD de la yanquización del mundo por el arte yanqui, aparece con visos de ironía.

«La literatura, arte muy ocasionado á la propaganda; arte el que más se impone

á la simpatía, á la admiración de los extraños; arte del que derivan algunos pueblos, como Francia, inmenso predominio moral y prestigio intelectual, ¿cuando ha sido el mejor vehículo del pensamiento norte-americano? Si se exceptúa el alegato sentimental de Mrs. Beecher Stowe, destituido de mayor mérito literario, y algunos poemas de Whittier, ¿de qué asunto de interés humano y universal han formado los Estados Unidos obra de arte? Apenas dos nombres de poetas norte-americanos circulan entre los grandes nombres universales: Poe, á quien no cita el Sr. STEAD, y Longfellow. Ninguno de los dos americaniza, ó mejor dicho, newyorkisa. Longfellow, lector, traductor y aun reflector de poetas españoles y germanos, es, más que todo, un delicioso bardo inglés. En la abadía de Westminster, si mal no recuerdo, existe el busto de Longfellow, entre mármoles y piedras tumulares de grandes hombres ingleses; y hasta corre en Antologías inglesas como bardo británico. (*) Edgar Allan Poe nació en Baltimore como ha podido nacer en Stockolmo, á la ribera de Vistula, al pie de una colina de Moravia ó en el condado de Kent. Cuanto á Bryan, Lowel, y alguno otro, apenas son leídos sino por gente inglesa; y no se puede afirmar que hayan «americanizado ningún país. No creo que exista, hasta ahora, una literatura americana. Si existe ¿cuál es su tendencia; cuál su característica? ¿Qué une; qué distingue á los creadores Norte-americanos en la República de las letras? Hay, sí, autores notables, pocos, aunque algunos tan brillantes como Washington Irving, no nada yanqui, ni siquiera sajón. Americano es, sí, en cierto modo, el poderoso Wilhman, el que vió,

Un águila triunfando sobre una flor de lis.

«Pero una golondrina no hace verano. Dónde están, pues, Sr. STEAD, los plenipotenciarios del espíritu yanqui que yanquisen el Mundo? Serán Hall Caine, apreciable novelista, procedente del flamante naturalismo, y Mark Twain, filósofo de la risa, que se introduce en Alemania? O será la turbamulta de ambos sexos—polígrafos imbéciles é ignaros—que puluía en los Estados Unidos y hace crujir las prensas con sus volúmenes de á un real? Dudo que esos grafómanos ejerzan ninguna influencia fuera de los Estados Unidos. Dícese á menudo que los yanquis leen mucho. Es verdad, leen; ¿pero qué? Insulsos periódicos y obrillas anodinas que están, como diría Anatole France *hors de la littérature*; y cuya existencia y consumo denotan la basteza del sentido estético en el pueblo que semejantes mamarrachos produce y gusta.

«En otras manifestaciones de arte ¿qué ha producido tampoco el pueblo norte-americano? Su mejor compositor de música, el mediocre Souza, es un hebreo de origen portugués y nacido en Holanda. La circunstancia de que el Rey Eduardo VII haya escogido un pintor yanqui para trasladar al lienzo la ceremonia teatral y arcaica del coronamiento, no significa, según imagina el Sr. STEAD, la superioridad de la pintura yankee. Puede significar, sí, muchas otras cosas: por ejemplo: la superioridad del pintor escogido, ó el mal gusto del Rey, ó el desamor del soberano á los pintores actuales de In-

glaterra. Un americano es, á lo que opina el Sr. STEAD, «el más grande escultor de la época, excepción hecha de M. Rodin.» Juro que ignoraba hasta ahora el nombre de ese genio; y aún ignoro cuáles sean las obras que le merecen tan lisonjera opinión del Sr. STEAD; y qué palacio, ó qué jardín, ó qué ciudad se adornan con sus mármoles gloriosos. Tampoco en el Teatro, como se desprende del capítulo que el Sr. STEAD consagra á la opinión que el crítico inglés, Mr. Archer, tiene del teatro yanqui, pueden vanagloriarse los anglo-americanos de poseer, no digo ya una literatura dramática, pero ni un autor notable. ¿A fuerza de dollars se tradujo y se montó en la escena francesa, no hace mucho, una obra de autor yanqui. Luego de representada, los críticos de París, todos, desde el mayor al más insignificante opinaban contestes que la obra no merecía los honores de la escena francesa.»

NOTAS LITERARIAS

El folleto de Blanco Fombona.—Salvajes y civilizados.—La casa de Gabriel D'Annunzio.—El enemigo de la imaginación.—El buen sabio.

¿Por qué quería Platón que los poetas fueran expulsados de la República? Yo creo que los poetas pueden servir para algo más que para adornar la vida, y que un verdadero político, mientras más práctico y positivista sea, debe leer los versos que se escriben en su país si quiere penetrar la conciencia de su época: en las entrañas del verso late á menudo el más profundo instinto de una raza. Los verdaderos poetas suelen ser, sin quererlo á veces, los mejores representantes de la sensibilidad de un pueblo; finos instrumentos que señalan á su modo las variaciones de la atmósfera espiritual, y á los cuales debe atender con frecuencia el que aspira á ser conductor de hombres.

Así mismo ofrecen gran interés, desde ese punto de vista, las incursiones de artistas y poetas en el campo de los problemas sociales, por la peculiar imaginación con que emprenden esta especie de estudios; y es por ello que me parece de la mayor importancia el folleto que con el título de *La americanización del mundo* ha publicado Rufino Blanco Fombona, quien como bien sabido es forma en la vanguardia de nuestros intelectuales.

Analiza y comenta Blanco Fombona el libro de W. T. Stead sobre el predominio y expansión de los países de lengua inglesa. Cada vez que acomete al contrario vese que en la sangre latina del autor ha mezclado su oro el sol tropical; es una espada de puro acero toledano con pomo cincelado en Florencia la que lleva en la mano; apasionado en ocasiones, perspicaz en otras, graciosamente irrespetuoso, por ejemplo cuando llama al Emperador de Alemania: «el señor Guillermo Hohenzollern»; mejor no lo hubiera nombrado el humorismo de Enrique Heine.

Aconseja nuestro compatriota la unión de las naciones hispano-parlantes; nobilísimo ideal al que solo anubla el triste pensamiento de si será posible la alianza entre pueblos que ni en su existencia interna logran man-

(*) *Poetic Gems from Shakespere till present day selected by B. S. Berrington B. A.—THE HAGUE 1.900.*



Del Museo Wallace: Busto de Luis XIV (Escuela francesa del siglo XVII)

tener una sana y cordial armonía colectiva. Acaso la actitud del gigantesco y férreo enemigo nos sea saludable, y ante la amenaza depongamos odios é ilusorias rivalidades. ¡Buen enemigo que por miedo nos obliga á hacer lo que por amor no conseguimos!

Nuestros más vitales intereses nos imponen con urgencia meditar lo que Blanco Fombona y otros escritores venezolanos vienen advirtiendo de algunos años para acá; pero á mi entender cuanto hagamos en este sentido es más por propio y natural instinto de conservación nacional que por decirnos guardianes de las tradiciones latinas. Pienso á veces que es precisamente contra una de esas tradiciones que debemos precavernos: la que se refiere á la conquista y dominio de pueblos. El imperialismo anglo-sajón es quizás una trasplatación en tierras del norte de las ideas imperialistas de la antigua Roma. Las águilas romanas vuelan hoy en el

escudo americano. Chamberlain ha leído demasiado tal vez la vida y hechos de los Césares. Con un genio de estirpe latina, Napoleón, renació aquella idea del imperio universal, que el anglo-sajón sueña en realizar ahora con procedimientos distintos pero con objetivo semejante. Mucha sangre de la loba se ha trasfundido bajo la rayada piel del leopardo.

*

El admirable geógrafo y excelente anarquista Eliseo Reclus, á propósito de la isla llamada Raiatea ó sea «Cielo de la dulce Luz», nos habla de las costumbres de aborígenes y civilizadores en esos paraísos que abren sus verdes abanicos de palmeras sobre el azul del océano Pacífico.

Paraísos por la generosidad del suelo, la caricia del aire, la frescura de sus aguas, mas donde sin embargo los padres, hasta

hace poco, devoraban á sus hijos por complacer á las feroces deidades que suponían hambrientas detrás de la serenidad de los cielos estrellados, mientras la tierra da alimento para el décuplo de la población que habita aquellas férciles regiones.

Los nobles, poseedores de montañas y llanuras, contaban entre sus privilegios el de comerse á la gente de la plebe; el rey fidjiano Thakambou ponía á engordar á aquellos de sus súbditos cuya carne le parecía más suculenta.

La antropofagia ha desaparecido de las islas, pero, como es natural, en Fidji existe un partido conservador, y este partido sostiene entre sus «principios de sana moral» el derecho tradicional al canibalismo que los europeos combaten con el hierro y con el fuego. Válense estos para asegurar su autoridad de lindas muchachas de piel blanca y perfumada, las cuales patrióticamente se pres-



Del Museo Wallace: Busto de Madame Servilly (Siglo XVII)

tan á adormecer con sus gracias á los temibles soberanos, tal como hicieron los ingleses con el ya citado rey Thakambou. Sírvense también del alcohol que al fin enferma y mata al salvaje. De la Biblia han sacado los misioneros argumentos de economía política por los cuales ponen en su poder inmensos territorios; en la palabra del Cristo han encontrado leyes de multas y contribuciones, y así ha sido bautizado el culto que enseñan «la religión del aceite», porque su labor evangélica es retribuida con kopra y aceite de coco.

Para iniciar al salvaje en los misterios del pudor se les ha vestido con traje europeo; y de ese modo van los domingos á las capillas donde se les predica acerca de la santidad del día; luego retíranse cabeza gacha bajo los rumorosos árboles, pero apenas están lejos de la vista del misionero blanco, lanzan al aire camisas y pantalones,

y en plena desnudez se revuelcan en la yerba como animales que recuerdan el candor primitivo.

Creo que, á pesar de todo, los misioneros hacen bien en insistir en que los salvajes se acostumbren á nuestras ropas incómodas; el hombre vestido, por más que se diga, es menos feroz que desnudo, y hasta ahora no he visto á un caballero de levita devorar á un semejante.

*

En la dulce colina de Settignano, que domina el panorama oro y rosa de Florencia, allí donde existió una antigua cantera de mármol, donde nació Desiderio, y Miguel Angel fue amamantado por la mujer de un tallador de piedras, entre los iris y las glicinas, envuelta en un manto de yedra, está la villa de Gabriel D'Annunzio.

Un curioso admirador que fue á visitarle

nos describe la casa del poeta. Cuando llegó, D'Annunzio venía á caballo precedido de cuatro lebreles, Donovan, Merissa, Biondella, Crissa; nombres sonoros y musicales que lanzadas á pleno pulmón en el vértigo de la caza deben cantar en el aire como una estrofa.

El almuerzo estaba servido en una mesa de iglesia, frente á un banco ornamentado cual una catedral; en candelabros de negra plata cincelada cirios de cera blanca, y en el medio de la estancia un gran misal abierto en un arcaico facistol; la chimenea de loza celeste está dedicada á la salamandra, madre del fuego, según lo indica la inscripción latina. Conjunto que hace pensar en la rara fusión de elementos clásicos y góticos que se encuentran en el espíritu creador de *Las Virgenes de las Rocas*, lo mismo que sugieren el Narciso y la Caiavera que coronan la filigrana del escritorio.

En lo alto de uno de los aposentos, tapiado de laureles en fondo púrpura, cuelga una corona de bronce; en otro se lee este nombre y esta fecha: *Gabriel Nuncius* (1498). D'Annunzio explica que es la traducción de su nombre en la época en que hubiera querido nacer, en el siglo XV durante el primer Renacimiento.

—Ser bello, romper una lanza en la rodilla, llevar con dos dedos la espada que los demás llevan penosamente con dos manos, derribar un caballo con el puño y sin embargo al soureir tener la delicadeza de una mujer, haber sido *condottieri*; tal es el deseo que D'Annunzio expresó mientras Florencia con la más noble serenidad sentía caer sobre sus espaldas la divina sangre del crepúsculo.

En el dormitorio, cerca del lecho monumental, la espada de Malatesta reposaba sobre otro facistol; en los muros un cuadro de Tintoretto, la cabeza de Flora, la de Juno y la de Eleonora Duse; más lejos, en un paisaje iluminado por el esplendor de la luna, reclinada en la hierba, una mujer desnuda, con esta deliciosa explicación: *Viget dum pallida*, «vigorosa aunque pálida». Desde la terraza, al través de los pinos y los cipreses, la Ciudad del Lirio reflejándose en el espejo del Arno.

Tal ambiente tiene que ser favorable á la producción de la obra de arte; el espíritu acariciado así por la belleza de lo que lo rodea ha de sentirse más predispuesto á interpretar el alma de los seres y las cosas. Pobrecitos de nosotros los que aquí nos llamamos artistas, y que en un rincón sin luz, agobiados por la necesidad, maltratados por las rudas faenas de la vida, bordamos nuestros sueños ó buscamos un átomo de oro en el fondo de nuestras meditaciones. Verdad que la imaginación viene á veces en nuestra ayuda y nos vierte sobre la frente fatigada su cornucopia maravillosa, y á su influjo nos sentimos rodeados de los tesoros que la fortuna nos negó. Ya que no poseemos telas suntuosas, ni mármoles impecables, ni joyas primorosas, conformémosnos con divisar un pedacito de cielo y con tener sobre nuestra mesa de pino, en un tiesto de barro, un manojo de rosas frescas.

*

¡La imaginación! A propósito de Emilio Zola he estado pensando en ella. Este formidable obrero de las letras, en nombre de la ciencia se declaró en cierta ocasión su enemigo. Recuerdo que en ese libro algunos pedruzcos golpeaban la gloria de Víctor Hugo, lo que era para mí blasfemia en aquellos apasionados días de adolescencia.

«El arte es la naturaleza vista á través de un temperamento» decía el admirable autor de *Germinal*, y me preguntaba entonces y continúo preguntándome: ¿de manera que no es la realidad *real* la que percibe el observador sino la que le permite apropiarse su temperamento?, lo que equivale á proclamar la importancia esencial del elemento subjetivo, del invencible *Yo*, y lo que viene á contrariar otras teorías del mismo maestro sobre la impersonalidad del escritor, quien á su juicio, debe copiar el mundo con la frialdad de un espejo. Los parnasianos á su modo



Mr. Guitry, en L'Assommoir — Teatro de la Porte-Saint-Martin, París

sostenían también con relación al verso parecidas doctrinas.

Así trabajaba Zola en su colosal fábrica de los Rougon-Macquart creyendo servir únicamente las enseñanzas del método experimental; pero «la loca de la casa» envolvía en sus invisibles hilos las manos del creador; el que creyese cual un químico en su laboratorio era un poeta lírico que la imaginación conducía por los más tenebrosos abismos sociales, hasta que su corazón, que quiso hacer duro, rompió en lágrimas cuando se encontró en presencia del dolor humano.

Junto á su tumba Anatolio France ha pronunciado estas palabras memorables: «Era un espíritu de bondad. Zola era bueno. Tenía la candidez y la simplicidad de las gran-

des almas. Era profundamente moral. Pintó la vida con mano ruda y virtuosa. Su pesimismo aparente, el sombrío humor esparcido por más de una de sus páginas, ocultan mal un optimismo verdadero, una fe obstinada en el progreso de la inteligencia y de la justicia».

*

Nunca es tarde para hacer conocido lo bastante un acto que honra grandemente á la Segunda Conferencia Internacional de América, celebrada en Méjico á principios de este año.

Ello es que los delegados de la Argentina, Colombia, Chile, los Estados Unidos, Méjico, Bolivia, Costa Rica, Santo Domingo,



LA PALMA DE LA VICTORIA. — Cuadro de A. Schram

Ecuador, el Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, acordaron contribuir con la suma de doscientos diez mil francos á la publicación de la obra maestra del insigne Cuervo. Así rezan los considerandos, que hacen justicia á aquel de quien Gutiérrez-Coll decía: «no es solo un sabio sino un santo»:

«El idioma castellano, por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos, tiene en el Diccionario de *Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, del escritor colombiano Don Rufino J. Cuervo, un monumento que honra altamente á la ciencia de América, destinado á contribuir de modo poderoso al mejor conocimiento y perfeccionamiento del idioma mismo; la obra ha sido emprendida y llevada á cabo con habilidad, erudición y perseverancia admirables por un americano que ha hecho ilustre su nombre con numerosos y delicadísimos trabajos de lingüística; no obstante la aceptación conque

la obra ha sido recibida, únicamente se han publicado los dos primeros tomos, debido al costo que la edición completa alcanza; los tres volúmenes restantes, prestos para la publicación, formarán, al completarse la obra, el repertorio lexicográfico más valioso, amplio y metódico existente en dicha lengua; el autor del Diccionario lo cede con gusto y ofrece atender gratuitamente á su impresión, por extrema laboriosa.....»

Don Rufino vive en París, no como otros tantos para estar más cerca de las *cocottes* y de los boulevares, sino para estar más cerca de los sabios y de las bibliotecas. En Passy vive lejos del tumulto, en un barrio de gente, como él, laboriosa. Por las mañanas hace un paseo hasta una cercana plazuela donde los niños juegan; allí se está apoyado en su paraguas, refrescando su cabeza con el canto de los pájaros, el rumor de la fuente y las risas de los chicuelos. Diríase un maestro de escuela un tanto romántico y soñador.

Después enciérrese en su ciudad de libros á sondear el alma de las palabras, á hacer su genealogía, á seguirlas en su desenvolvimiento al través de las razas: allí se deforma, más allá toma en los labios del pueblo una sílaba sonora, más allá pierde una letra que la hace opaca; la palabra es una molécula espiritual; la historia completa de una palabra puede ser un fragmento de la historia del hombre que de ella se sirve como símbolo de una idea.

El buen sabio, que me distingue con su amistad y consejos, no es un pescador de gazapos, uno de esos gramáticos que encuentran estrecha la vía pública para su vanidad; y jamás haría, por ejemplo, lo que no hace mucho hizo alguno: empujar á los cerdos para que con sus pezuñas enlodadas vinieran á pisar las flores que tan amorosamente cultivé en mi pobre jardínillo.....

PEDRO-EMILIO COLL.

8, rue Léonce, Paris.

Monsieur et cher poète,

J'ai degusté vos proses, j'ai joui des parfums subtiles de vos violettes, et je ne trouve pas exagéré le prologue généreux par lequel M. Pimentel Coronel vous introduit.

Votre petit livre est tout fragant de jeunesse, d'enthousiasme, et de noble mélancolie. Il y a de beaux sentiments, de belles images, de tendres envolées.

Si tout ne me trompe pas, ce livre est votre premier. Il est déjà par lui même plus qu'une promesse. Mais il en est une à l'égard de l'avenir.

Je suis sûr que vous la remplirez. Merci de m'avoir envoyé votre charmant petit livre et recevez, Monsieur et cher poète, avec mes felicitations, mes vœux pour votre carrière d'artiste es lettres.

Votre bien dévoué.

DR. MAX NORDAU.

Monsieur J. I. Vargas Vila.
Caracas.

EMILIO ZOLA

A título de información traducimos las siguientes páginas literarias con el objeto de dar muestras de la multiplicidad del talento de Zola.

I—ZOLA CUENTISTA

Los dos relatos que siguen pertenecen á dos edades de la vida de Zola, uno es de su juventud y el otro de su madurez.

MIS DOS GATAS

Yo tengo dos gatas. Una de ellas, Francisca, es blanca como una mañana de mayo. La otra, Catalina, es negra como una noche de tempestad.

Francisca tiene la cabeza redonda y risueña de una hija de Europa. Sus grandes ojos, de un verde pálido, iluminan toda su cara. Se la diría pintada. Es redonda, regordeta, parisense hasta el extremo de las uñas. Camina ostentosamente, toma aires atrayentes, recoge la cola con el brusco estremecimiento de una señorita que remangase la falda de su saya.

Catalina tiene la cabeza aguda y fina de una deidad egipcia. Sus ojos, amarillos como lunas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un ídolo bárbaro. En los extremos de sus labios delgados, ríe la eterna ironía silenciosa de las esfinges. Cuando se sienta sobre las patas traseras, alta é inmóvil la cabeza, es una divinidad de mármol negro, la gran Pacht hierática de los templos de Tebas.

Ambas pasan sus días sobre la arena amarillenta del jardín.

Francisca se entrega á su toilette, revolcándose vientre al aire, lavándose las patas con el exquisito cuidado de una coqueta que se ungiere las manos con aceite de almendras dulces. No tiene una sola idea en la cabeza, lo cual se adivina en su aire atolondrado de gran mundana.

Catalina sueña. Sueña, mirando sin ver, penetrando con su mirada en el mundo ignoto de los dioses. Durante horas permanece

recta, implacable, sonriendo con su extraña sonrisa de bestia sagrada.

Cuando acaricio á Francisca con la mano, enarca el lomo, exhalando un ligero maullido de beatitud. Se siente tan feliz! Levanta la cabeza con un movimiento zalamero, y me devuelve las caricias frotándose la nariz contra mis mejillas. Sus pelos se estremecen y su cola se mueve con lentas ondulaciones. Termina por desmayarse, cierra los ojos y ronronea de una manera suave y tierna.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, en el fondo de su ensueño religioso. Tiene un pudor de diosa á quien hiere é irrita todo contacto humano. Si logro colocarla sobre mis rodillas, se aplasta, alarga la cabeza y fija los ojos, pronta á escaparse de un salto. Sus miembros nerviosos, su cuerpo flácido permanece inerte bajo mis dedos acariciadores. No se digna descender al goce de los sentimientos de una mortal.

Y así es como Francisca es hija de París, *loreta* ó marquesa, criatura ligera y encantadora; y Catalina es hija de alguna ciudad en ruinas, de no sé dónde, de allá, del lado del sol. Son dos civilizaciones: la muñeca moderna y el ídolo de una nación muerta.

Ah! si yo pudiese leer en tus ojos! Las tomo en mis brazos, las miro fijamente, para que me cuenten sus secretos. No bajan los párpados, y son ellas las que me interrogan. No leo nada en la transparencia vítrea de esos ojos que se abren como agujeros sin fondo, como pozos de claridad pálida en los que nadan chispas ardientes.

Y Francisca ronronea más tiernamente, en tanto que las miradas amarillas de Catalina me penetran como láminas de hoja-lata.

Ultimamente Francisca ha sido madre. Está atolondrada, tiene un excelente corazón. Cuida con exquisitas ternuras al pequeñuelo que le ha quedado. Lo toma delicadamente por la piel del cuello y lo pasea por todos los armarios de la casa.

Catalina la ve hacer, perdida en profundas reflexiones. El pequeñuelo le interesa. Delante de él tiene actitudes de filósofo antiguo, que piensa en la vida y en la muerte de las criaturas, construyendo en su ensueño todo un sistema de filosofía.

Ayer, mientras que la madre estaba afuera, vino á acurrucarse al lado del gatito. Lo volteó con una pata; luego, bruscamente, se lo llevó á un rincón oscuro. Allí, creyéndose muy oculta, se colocó delante de él, con los ojos lucientes, vibrante el espinazo, como una sacerdotisa que se preparase á un sacrificio. Iba, creo, á triturar la cabeza del pequeñuelo, cuando me apresuré á intervenir y á ahuyentarla. Al huir, me lanzó miradas diabólicas y se marchó ligera, silenciosa, sin un juramento.

Y bien! Siempre amo más á Catalina; la amo, porque es pérfida y cruel, como una bestia infernal. Qué me importan las gracias ligeras de Francisca, sus gestos deliciosos, sus actitudes de virgen loca! Así son todas nuestras hijas de Eva; pero á Catalina no he podido encontrarle una hermana, una criatura perversa y fría, un ídolo negro que viva en el eternal ensueño del mal.

LA FALTA DE TRABAJO

En la mañana, cuando los obreros llegaron al taller, lo encontraron frío, negro de una tristeza de ruina. En el fondo de la gran sala, la máquina estaba muda, con sus grandes brazos nacíentosos, sus ruedas inmóviles; y así ponía allí una melancolía más; ella, que cuando resopla y se extremece, anima la casa con las palpitaciones de su corazón de gigante infatigable.

El patrón baja de su gabinete, y dice á los obreros con un tono triste:

—Hijos míos, no hay trabajo hay..... No han llegado más encargos; de todas partes recibo contraórdenes; voy á quedar con toda la mercancía muerta. Este mes de diciembre, con el que contaba, este mes de gran trabajo todos los años, amenaza arruinar las casas más sólidas..... Es necesario suspender todo.

Y como ve á los obreros que se miran entre sí, con el temor de regresar al hogar, el temor del hambre del día siguiente, agrega en tono más bajo:

—No soy egoísta, no, os lo juro..... Mi situación es tan terrible quizá como la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspendo el trabajo hoy para no agrandar más el hueco..... No he recogido el primer centavo de mis vencimientos del 15. Ya véis, os hablo como amigo, no os oculto nada. Mañana tal vez estará aquí el tribunal. No tenemos la culpa, verdad? Hemos luchado hasta lo último. Habría querido ayudaros á pasar este mal momento; pero todo ha concluido, estoy rendido; no tengo un pan que dar.

Entonces les tiende la mano. Los obreros se la aprietan silenciosamente. Y, durante algunos minutos permanecen así, contemplando sus utensilios inútiles. Otras mañanas, desde el alba, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parecía ahora dormir bajo el polvo de la bancarrota. Son veinte, treinta familias que no comerán la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajaban en la fábrica, tienen los ojos bordeados de lágrimas. Los hombres aparentan más firmeza. Fingense fuertes y dicen que en París nadie se muere de hambre.

Luego, cuando el patrón los abandona y lo ven marcharse, agobiado en ocho días, aplastado quizá por un desastre mayor del que él confiesa, se retiran uno á uno, ahogada la respiración, oprimido el pecho, helado el corazón, como si saliesen de una cámara mortuoria. El muerto es el trabajo, es la gran máquina muda, cuyo esqueleto se hace sinjetro en la sombra.

El obrero está afuera, en la calle, sobre la acera. Ha azotado la ciudad durante ocho días, sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta, ofreciendo sus brazos, ofreciendo sus manos, ofreciéndose todo entero, no importa para qué oficio, el más repugnante, el más duro, el más mortal. Todas las puertas están cerradas.

Entonces el obrero se ha ofrecido para trabajar á mitad de precio. Las puertas han continuado cerradas. Se ofrecería gratis y ni por eso se abrirían. Es la falta de trabajo, la

terrible falta de trabajo que ha tocado rebato en los tugurios.

Al cabo de ocho días todo ha concluido. El obrero ha hecho una suprema tentativa, y vuelve con las manos vacías, derregado de miseria. Cae la lluvia; aquella tarde, París está fúnebre bajo el lodo. Marcha bajo los chaparrones, sin sentirlos, no oyendo sino su hambre, deteniéndose para llegar menos pronto. Se ha inclinado sobre un parapeto del Sena; las aguas abultadas corren con ronco murmullo; saltos de espuma blanca se rompen contra un poste del puente. Se inclina más, la corriente colosal pasa por debajo, llamándolo furiosa. Luégo, se dice que aquello sería cobarde, y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en las vidrieras de las joyerías. Si rompiese un vidrio, podría tomar, en una sola puñada, pan para muchos años. Las cocinas de los restaurantes se iluminan y detrás de las cortinas de muselina blanca observa hombres que comen. Apresura el paso, sube al arrabal, á lo largo de las tiendas, de las salchicherías, de las pastelerías, del todo París gastronómico que se exhibe.

Como la mujer y la chiquilla llorasen en la mañana, él les prometió pan para la tarde. No ha osado ir á decirles, antes de que cerrase la noche, que había mentido. Al caminar, se pregunta cómo entrará, qué les dirá para que tengan paciencia. Sin embargo, ellas no pueden permanecer más tiempo sin comer. El tratará de hacerlo, pero la mujer y la chiquilla están demasiado consumidas.

Y, en un instante, tiene la idea de mendigar. Pero cuando una señora ó un caballero pasan á su lado, y piensa tenderles la mano, halla que su brazo está rígido, que la voz se le anuda en la garganta. Permanece plantado sobre la acera, en tanto que las gentes acomodadas se vuelven, creyéndolo ebrio, á ver su cara hosca de hambriento.

La mujer del obrero ha bajado al quicio de la puerta, dejando arriba á la chiquilla dormida. La mujer, flaca, viste una falda de indiana: tiritaba bajo el soplo helado de la calle.

Ya no tiene nada en el tugurio; todo lo ha llevado al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar la casa. La víspera vendió el último puñado de lana de su jergón; así se ha ido éste: ahora no queda sino la tela. La ha colgado delante de la ventana para impedir que entre el aire, pues la chiquilla tose mucho.

Sin decirsele á su marido, ha buscado por su lado. Pero la falta de trabajo ha golpeado con más rudeza á los hombres que á las mujeres. Debajo de su habitación hay infelices á los cuales oye sollozar durante la noche. Ha encontrado á una de ellas rígida en una esquina; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Ella, felizmente, tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Estarían bien, si las malas épocas no los hubiesen despojado de todo. Ha agotado su crédito; le debe al panadero, al especiero, á la frutera, y no se atreve ni á pasar por delante de sus tiendas. En el mediodía fué á ver á su hermana para prestarle veinte cuartos; pero también la

encontró en tal miseria, que se puso á llorar sin decirle nada; y ambas, su hermana y ella, lloraron largo tiempo juntas. Luégo, al irse, le prometió llevarle un pedazo de pan, del que trajese su marido.

El marido no había vuelto. La lluvia cae; la mujer se refugia bajo la puerta; gruesas gotas chispean á sus pies, polvo de agua penetra su delgada falda. Por momentos se impacienta, sale, á pesar de la lluvia; va hasta el extremo de la calle, para ver si percibe al que espera, á lo lejos, por la calzada. Cuando vuelve está empapada; se pasa la mano por los cabellos para enjugarlos, espera todavía más, se sacude con rápidos estremecimientos de fiebre.

El vaivén de los transeúntes la golpea. Se recoge cuanto puede para no estorbar á nadie. Los hombres la miran descaradamente. Todo el París aleva, la calle con su lodo, sus crudas claridades, sus rumores de carruajes, parecen querer arrebatarla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre. Enfrente hay un panadero, y ella piensa en la chiquilla que duerme arriba.

Luégo, cuando el marido aparece al fin, destizándose como un miserable á lo largo de las casas, ella se le precipita, lo mira con ansiedad.

—Y bien? balbucea.

El no contesta nada; baja la cabeza. Entonces, ella entra la primera, pálida como una muerta.

Arriba, la chiquilla no duerme. Se ha despertado; piensa, delante de un cabo de vela que agoniza en el extremo de una mesa. Y no se sabe qué de monstruoso y de aflictivo pasa por el rostro de aquella rapazuela de siete años, de rasgos marchitos y serios de mujer formada.

Está sentada en el borde del baúl que le sirve de cuna. Sus pies desnudos penden temblorosos; sus manos de mísera muñeca recogen contra el pecho los harapos que la cubren. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera extinguir. Piensa.

Jamás ha tenido juguetes. No puede ir á la escuela porque no tiene zapatos. Más pequeña, recuerda que su madre la ponía al sol. Pero de ello hace tiempo. Fue preciso mudarse, y desde entonces, parece que un gran frío sopla en la casa. Desde entonces ya no ha estado contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual descende sin poder comprenderla. ¿Tiene hambre todo el mundo? Sin embargo, ella ha tratado de habituarse á eso y no ha podido. Piensa que es todavía muy pequeña, que es preciso ser mayor para saber. Su madre sabe, sin duda, eso que se oculta á los niños. Si se atreviese, le preguntaría quién nos pone en el mundo para que tengamos hambre.

Luégo, todo tan feo, en aquella casa! Mira la ventana, en donde bate la tela del jergón, los muros desnudos, los muebles maltratados, toda aquella vergüenza del granero que la falta de trabajo sella con su desesperación. En su ignorancia, cree haber soñado alcobas tibias con bellos objetos que brillan; cierra los ojos para volver á ver eso; y á través de sus delgados párpados, el fulgor de la vela

se hace un gran destello de oro en el cual quisiera entrar. Pero, sopla el viento y llega tal corriente de aire por la ventana, que la acomete un acceso de tos. Lloró.

Antes sentía miedo cuando la dejaban sola; ahora, no sabe, le es igual. Como no ha comido desde la víspera, cree que su madre ha bajado á buscarle pan. Aquella idea la contenta. Cortará su pan en pedacitos; los tomará lentamente, uno á uno. Se divertirá con su pan.

La madre ha vuelto á entrar. El padre ha cerrado la puerta. La chiquilla examina las manos de entrambos, muy sorprendida. Y como no dicen nada, al cabo de largo rato, repite con un tono rimado:

—Tengo hambre, tengo hambre.....

El padre se ha tomado la cabeza con ambas manos, en un rincón de sombra; y permanece allí, abrumado, sacudidas las espaldas por rudos sollozos silenciosos. La madre, conteniendo sus lágrimas, ha vuelto á acostar á la chiquilla. La cubre con todos los andrajos del zaquiamí. Pero la chiquilla, á quien el frío le hace erugir los dientes, y que siente que el fuego de su pecho la quema con más viveza, se hace audaz; se cuelga al cuello de la madre, y luégo, dulcemente la pregunta: —Dí, mamá. ¿por qué tenemos hambre?

II—EL CRÍTICO

Zola ha hecho mucha crítica, dramática y literaria. El siguiente pasaje tiene particular interés.

EL ARTE DE ESCRIBIR

Al leer los escritores del siglo pasado, se observa inmediatamente que es preciso hacer dos partes en sus obras: una que ha permanecido humana, eterna, y otra que ha envejecido. Esta parte que ha envejecido es precisamente la jerigonza literaria de la época, una jerigonza sentimental, amorosa ó simplemente poética. Ved los diálogos de amor en Molière, Corneille y Racine: todas las bellas cosas que se dicen allí nos parecen prodigiosamente frías y pretenciosas; en su tiempo, sin embargo, encantaban á los espectadores y debían tener sobre el público cierto efecto, porque las encontramos idénticas en todas las obras de la época. En el siglo diez y ocho, la moda cambia; se ama á la naturaleza y la virtud; pero, Dios santo! qué énfasis! Declaro que jamás me ha sido posible leer, sin bostezar, la *Nueva Heloísa*. El estilo se hace insoportable, ese estilo que ha hecho derramar tantas lágrimas y palpar tantas corazonas.

Hé aquí, por cierto, lo que debe darnos que pensar. Hay, pues, un quiriqy particular en cada período literario, que adopta la moda, que seduce á todo el mundo y que después de haber hecho la fortuna de los libros, los condena con justicia al olvido. Luégo, nosotros también debemos tener nuestro énfasis. La desgracia es que si lo vemos con tanta claridad en las épocas desaparecidas, no nos llama la atención en la propia; al contrario, él tal vez constituya nuestro vicio, nuestro gozo literario, la perversión de gusto que más nos halague. A menudo he pensado en es-

tas cosas, con cierto temorcillo de que ciertas frases que tanto me agrada escribir hoy, harán sin duda sonreír dentro de cien años.

*

Lo peor es que he concluido por convenirme de que la jerigonza de nuestra época, esta parte de estilo puramente de moda y que debe envejecer, quedará como una de las más montruosas tantologías de la lengua francesa. Ello puede predicirse de una manera cuasi matemática. Lo que envejece sobre todo es la imagen. En su novedad, la imagen seduce. Después, cuando ha sido empleada por dos ó tres generaciones, se hace un lugar común, es una bagatela, una vergüenza. Ved á Voltaire, con su lengua seca, su frase nerviosa, sin adjetivos, que describe y no pinta: permanece eternamente joven. Ved á Rousseau, que es nuestro padre, con sus imágenes, su retórica apasionada: tiene páginas insoportables. Hémos, pues, que tenemos nuestro merecido, los que tanto hemos encarecido á Rousseau, forrando la literatura con todas las artes, pintando, tallando mármoles de frases, exigiendo á las palabras el aroma de las cosas. Todo esto nos enardece, lo hallamos exquisito: perfectamente. Solo que: ¿qué dirán nuestros nietos? Su manera de sentir habrá cambiado y estoy convencido de que se quedarán estupefactos en presencia de algunas de nuestras obras. Casi todo habrá envejecido. No quiero nombrar personas, pero me inquieta á menudo saber quienes serán de entre nosotros aquellos con los que la posteridad se mostrará severa, y temo que la mayor parte la pasemos muy negra.

Demasiada jerigonza es esta, y tanto más odiosa, cuanto que es de una rara perfección de forma: esta es mi opinión sobre nuestra época literaria. Un libro no vive por su bello estilo, sino porque es humano, de una forma precisa y sencilla con la cual se acomoden todas las épocas. Sería preciso desembarazarnos de nuestros procedimientos y no creer que se forzarán la posteridad porque hayamos evitado las repeticiones de palabras ó contado las comas de una página. Por otra parte, yo confieso con ingenuidad que no es tan cómodo escapar á su tiempo y que es demasiado difícil decir, sin temor de equivocarse: «Esto envejecerá, esto nó.» Pero siempre podré decir cuál es, para mí, el buen escritor. Se escribe bien, cuando se expresa una idea ó una sensación con la palabra justa. Lo demás es hojarasca. Experimentar la impresión fuerte de lo que se habla, y transmitir esa impresión con la mayor intensidad y la mayor sencillez: hé ahí todo el arte de escribir.

III—EL FILÓSOFO

Quando escribía los artículos que recogió en volumen bajo el título «*Une Campagne*», Zola daba cargas sobre la situación, por el estilo de la siguiente.

LAS MISERIAS DE LA POLÍTICA

He leído, en mi retiro, de la exaltación de los hombres de la política y de la pren-

sa, cuando se les ha significado que no tendrían sino sólo tres pobres semanas de agitación electoral. Han hablado furiosamente de acechanza, de mala fe, y la palabra escamoteo se ha pronunciado: sí, el pícaro gobierno les ha escamoteado sus goces, les ha quitado de la boca el pan del desorden. Figúraos! nada más que tres semanas para escribir profesiones de fe imbéciles é incorrectas, para aleccionar pobres diábolos que se venden por un vaso de vino, para llenar la prensa de un horrible montón de prosa con la que no se puede hacer ni estiércol, para tener al país en un malestar intolerable, de donde sale la nación con los ojos pegados y la cabeza hueca, como después de una noche de embriaguez. Oh! eso es una medida inicua, eso no se puede sufrir! Serían preciso tres meses, sería preciso toda la vida!

Ah! toda la vida! Eso quisiérais! Elecciones continuas, diputados nombrados en la mañana, sentándose un día en la Cámara y volviéndose á presentar en la tarde á los electores! nada más que política, en el almuerzo y en la comida, en la mesa y en el lecho! una nación que comiese periódicos en lugar de pan, que se redujese á formar cadenas para depositar boletines en las urnas, sin tener siquiera tiempo para escupir!

El hecho es muy sencillo. En sus establecimientos, los carniceros apresuran el consumo de la carne. Desde el momento en que la política ha llegado á ser una carrera, el refugio natural de las ambiciones impacientes, de los hombrecillos que han fracasado en cualquiera otra cosa, es natural que esos hombres nos atiborren de política. Es la lucha por la existencia. ¿Qué serían, por ejemplo, Floquet, ó Ranc y otros, si de la noche á la mañana la Francia les suprimiese su vaca de leche? Abogados sin talento, novelistas de tres al cuarto, transeúntes anónimos por la acera banal. Adelante, pues, con la política! Política por donde quiera. A río revuelto, ganancia de pescadores! Se exprime hasta donde no se pueda más la estupidez pública, y se lanza un grito de dolor y de rabia cuando no se conceden sino veinte y tantos días para explotarla.

*

Yo odio la política. La odio por la algazara sin sentido con que nos ensordece, por los hombrecillos que nos impone!

Ya veréis, suceda lo que sucediere, qué misera Cámara nos va á dar. Es como una espuma de ignorancia y de vanidad que el sufragio universal arroja sobre París. Títulos de un día, ilustres desconocidos que vuelven al no ser, chatos ambiciosos que vienen á hacer el juego del más fuerte y se contentan con un hueso que roer, cerebros enfermos que sueñan vengar sus continuos fracasos, todos los apetitos en desorden y todas las torpezas en huelga! Cuando un hombre simplemente razonable pasa y arroja una mirada sobre ese bullebulle que fermenta, se detiene estupefacto, afigido. Qué! Es posible? Es la Francia la que está ahí? NÓ, la Francia está en otra parte; ella no está con la plaga que

la devora; está con sus hijos que piensan y que trabajan.

IV—EL POLEMISTA

Zola no fue compasivo con sus contemporáneos. Hé aquí lo que no temió escribir sobre Victor Hugo, cuando el gran poeta era objeto de un culto unánime, pocos años antes de su muerte.

VICTOR HUGO

Me subleva que se haya sacrificado sobre el altar de este hombre á todos los demás poetas, sin exceptuar á Musset y á Lamartine. Chateaubriand, de quien es hijo, no es más que un escabel bajo sus pies. En cuanto á Balzac, los devotos sonríen: Víctor Hugo es mucho más. El lo encarna todo. Se le ha consagrado gran poeta, gran dramaturgo, gran novelista, gran crítico, gran filósofo, gran historiador, gran político, ó mejor dicho, se le da el siglo de alto abajo, de lo ancho á lo largo; él solo sería el siglo diez y nueve. No me chanceo, resumo una opinión corriente.

Y bien: no puedo guardar respeto ante semejante enormidad. Prefiero pasar por un mal corazón y permanecer un hombre de buen sentido. Si dentro de veinte años alguien me leyere, no quiero que se ría de mí. Así, pues, mueran las conveniencias, los miramientos, los afectos, mueran nuestros orgullos y nuestras glorias, con tal que la verdad sea! No existe sino la verdad: es preciso ir á ella á todo trance, aun marchando por sobre los nuestros y en la muerte de todo cuanto se ha amado.

*

Víctor Hugo el hombre del siglo! Víctor Hugo el pensador, el filósofo, el sabio del siglo! y todo esto en momentos en que acaba de publicar *El Asno*, ese increíble galimatías, que es como una apuesta sostenida contra el genio francés! Realmente, en las peores épocas de nuestra literatura, en las quintesencias del hotel de Rambouillet, en las perifrasis de la escuela didáctica, jamás, jamás, -óldo bien, se produjo una obra más extravagante ni más inútil. Tanto peor! rompo el pacto, y he dicho en alta voz lo que todo el mundo se contenta en pensar muy á escondidas.

El procedimiento del poeta es muy sencillo. Recoige todas las trivialidades de que ya nadie osa servirse. Por ejemplo, su asno se enoja contra los pedantes, los colegios, los embolismos que embrutecen á los niños; truena contra los libros, los libros grandes sobre todo, mucho más culpables, parece, que los libros pequeños; declama sobre la actitud de la turba frente á los hombres de genio; juzga, en fin, con severidad la conducta del hombre en presencia de la creación, de la sociedad y de sí mismo. Todo esto es de una novedad dudosa, lo repito; y lo peor es que el asno no aporta ninguna idea, ningún argumento.

Chapoteamos en plena trivialidad. Solamente cuando interviene el poeta nos da trivialidad sublime. Las cosas más chabacanas toman aspectos tormentosos. Gedeón se dobla de Isaiás. Todo eso sería muy mediocre si se dijese con sencillez; pero como el poeta dice las cosas con una hin-

chazón extraordinaria, todo resulta absolutamente ilegible. Desafío á cualquier mujer á que lea hasta el fin. Aquello consterna. Creo oír *Malbrough se va á la guerra*, ejecutado en las trompetas del Juicio Final.

V—EL MORALISTA

A veces, Zola se dirigía á los jóvenes y les daba sus ideas personales sobre el sentido de la vida. Lo que va á leerse es extracto de un discurso dirigido á la juventud de las escuelas.

EL TRABAJO

Jóvenes, trabajad! Sé cuán banal es este consejo, y que no hay distribución de premios en que no haya sido pronunciado, en medio de la indiferencia de los jóvenes. Pero os ruego reflexionéis sobre él, y me permito, yo que no he sido siempre sino un trabajador, deciros todo el bien que he obtenido de la larga labor cuyo esfuerzo ha llenado toda mi vida. He tenido rudos comienzos, he conocido la miseria y la desesperanza. Más tarde, he vivido en la lucha, vivo aún, discutido, negado, colmado de ultrajes. En medio de todo, no he tenido sino una fe, una fuerza: el trabajo. Lo que me ha sostenido es la inmensa labor que me he impuesto. Frente á mí he tenido siempre, distante, el objeto hacia el cual he marchado y eso me ha bastado para mantenerme en pie, para darme el valor de proseguir, cuando la vida adversa ha querido abatirme. El trabajo de que os hablo es el trabajo metodizado, la tarea cotidiana, el deber jurado de avanzar un paso cada día en la empresa. ¡Cuántas veces, en la mañana, me he sentado frente á mi mesa, perdida la cabeza, amarga la boca, torturado por algún gran dolor físico ó moral! Y siempre, á despecho de la rebeldía de mis sufrimientos, después de los primeros minutos de agonía, mi tarea me ha servido de alivio y de reconstituyente. Siempre he salido consolado de mi labor diaria, roto quizá el corazón, pero siempre en pie, pudiendo vivir hasta el día siguiente.

*

El trabajo! Pensad que es la única ley del mundo, el regulador que lleva la materia organizada á su incógnito destino! La vida no tiene otro sentido, no tiene otra razón de ser; cada cual aparece para dar su suma de labor y desaparecer. No se puede definir la vida de otra manera que por ese movimiento que recibe y devuelve, y que no es en suma sino trabajo para la grande obra final, en el fondo de las edades. ¡Por qué, pues, no ser modestos, ¡por qué no aceptar la tarea individual que cada quien viene á llenar, sin rebelarnos, sin ceder al orgullo del yo, que se hace centro y no quiere entrar en filas!

Desde que se ha aceptado esta tarea y desde que se la cumple, paréceme que debe producirse la calma en los más torturados. Yo sé que hay espíritus á quienes atormenta el infinito, que sufren del misterio, y es á ellos á quienes me dirijo fraternalmente, aconsejándoles que ocupen su existencia con alguna labor enorme, de la que sería bueno también que no viesan el

término. Ese sería el balancín que les permitiría marchar rectamente, la distracción de toda hora, el grano arrojado á la inteligencia para que lo rumie y haga el pan cotidiano, en medio de las satisfacciones del deber cumplido. Esto, sin duda no resuelve ningún problema metafísico, porque no hay sino un medio empírico de vivir la vida de una manera honorable y cuasi tranquila; pero ¿es acaso nada darse una buena salud moral y física, escapar al peligro del ensueño, resolviendo por medio del trabajo la cuestión de la mayor suma de dicha posible sobre la tierra?

[Concluirá.]

NUESTROS GRABADOS

Paisaje

Ha trascurrido por fin el ardiente día de verano, con su aire cálido, bochornoso, que secaba el aliento en las fauces y fatigaba los pulmones de la manada. Avescinase ahora el crepúsculo amigo; brisa reparadora comienza á jugar en el follaje; tenue gasa de sombras se entreteje en los perfiles del monte, en las cuencas del valle, en la verde alfombra del prado, en el vario plumaje de la arboleda; y asoman los primeros arboles, beso glorioso de despedida de la luz á los cielos al cambiar con la noche el voluble dominio de la dichosa campiña. Es la hora en que van acallando uno á uno los rumores de la vida, tardos, lentamente cual si con paso sigiloso fuese acogándose la naturaleza á la próxima solemnidad del completo silencio.

Tal es el momento escogido por el autor para la escena campestre, tantas veces repetida por los artistas pintores, del regreso del rebaño, camino del redil, en solicitud de abrigo y amparo de la intemperie bajo los cobertizos del aprisco.

La obra de Constable sobre asunto tratado ya, puede decirse, hasta la saciedad, en cuya interpretación parece que hubiéranse agotado las inspiraciones del arte, es notable por esto mismo, en risueñas novedades de composición, que la revisten de cierta elocuencia estética original é impresiva, en la cual estriba el mérito principal que se le ha reconocido por autorizados maestros.

Al apreciar las originalidades de este bello cuadro, nos ha asaltado una observación que no podemos dejar de consignar; cual es la de la escasa afición de los pintores nacionales á los paisajes análogos y hermosas escenas de la ganadería en nuestros llanos, que serían fuente abundante de creaciones perfectamente nuevas y de excelente sabor artístico. Que nosotros sepamos, tan sólo han merecido la atención de unos pocos aficionados, cuando el arte carecía de los vuelos que ahora ha tenido entre nosotros. Es campo virgen y atractivo por demás para que nuestros jóvenes paisajistas, muchos de ellos con pincel ya diestro en la copia de la naturaleza campestre, ejerciten con novedad y éxito sus talentos.

La Paz

La hermosa Paz! risueña bendición de los cielos, á cuyo conjuro gime y huye el mal impotente, y surge preñado de consolacio-

nes y de dicha el encantado imperio de la virtud y del amor. Trasunto de todos los bienes providenciales que es permitido al hombre disfrutar en su efímera existencia terrenal. Deidad de todos los corazones y de todas las esperanzas, plegue á tus nombres que la amable sombra de tu sagrada oliva no tarde en cobijar como en dosel de convalecencia y descanso á la Patria enferma y atribulada por las desolaciones de sangrienta discordia!

La primera misiva

Otro tema, de antiguo manoseado, nos ofrece Andreotti vestido con la más exquisita y primorosa novedad. Verdad es que el inquieto dioscello vendado, siempre niño, juguetea impunemente por entre las canas del tiempo y van al azar sus agudas saetas hiriendo corazones de mil variadas y sorprendentes maneras, lo mismo entre los regocijos de la fiesta y las alegrías y serenidades del ánimo que en las sombrías abstracciones de la desesperación y del dolor. Nuncio siempre de soñadas venturas, á los unos las depara generosamente para colmo de deleites, á los otros para inefable consolación de amarguras, y á todos para elevar las almas á las nobles fruiciones que las desprenden como por mágico poder, de las cerradas ataduras del egoísmo cauteloso. La feliz concepción de la amiga confidente, en la *Primera carta* es, pues, la nota más alta en la armonía artística de este cuadro. Sin ella, aislada dentro de sí misma la enamorada doncella, hecho así el desierto á los íntimos goces de su espíritu, la atmósfera de completa dicha y amena expansión que envuelve al animado conjunto, con ser tan notable, desaparecería inevitablemente para hacer lugar á un ambiente de pesadumbre ó tristeza alrededor del personaje principal, con lo cual cambiaría por entero el sentimiento palpitante que trasciende de la obra.

Cuadro de C. Patteln

Risueña composición de juveniles travesuras, magistralmente concebida y tratada por talento atrevido y mano firme. Es remarkable principalmente la abundancia y variedad de los detalles encadenados con naturalidad perfecta, decisores del infantil tumulto y bullanguera inocencia, y no menos denunciadores de la callada, maliciosa intención de mortificar á la víctima desprevénida, no presente al candoroso desconcierto de su amada faena.

La Anunciación

El pasaje bíblico por excelencia, el del cumplimiento de sagradas profesías, el de la promesa celestial de redención dada en el instante mismo de la primera culpa, al cumplirse en el seno inmaculado de la hija de David con la encarnación del Enviado que quebrantaría la cabeza de la sierpe soberbia, madre de todas las desdichas, no podía menos de inspirar una fantasía, que es realmente magnífica concepción, á un artista de los vuelos de Maxence, genial en todas sus producciones. Menos humano que la generalidad de los lienzos que han interpretado la Anunciación, el de Maxence idealiza el momento solemne en los más

amplios horizontes del misticismo; ya aquí no es el arcángel celestial el mensajero de talante impositivo del ineludible mandato, sino el de la preferencia sublime y divino amor hacia la cándida criatura; ni es María la virgen inquieta, temblorosa y acongojada ante un inexplicable misterio que ha de obrarse por virtud sobrenatural en ella, sino la sierva que dulcemente se transfigura por el aviso del celeste portento, y humilde, en la confiada beatitud que ha inundado todo su ser, abandona por completo su corazón y su espíritu á los arcanos de lo Alto. Para lograr con cabalidad esta idealización el autor ha tenido el acierto de renunciar á la contribución de accesorios que, más ó menos vulgares, más ó menos apropiados, no hubieran concurrido ciertamente sino para desviar el efecto psicológico que se proponía conseguir.

Andrómeda

Harto conocido es el conmovedor mito de la hija de Cefeo. Habiendo crecido en soberbia los reyes de Etiopía por la fascinadora hermosura de Andrómeda, al punto de proclamarla superior á la celebrada belleza de las Nereidas, no agradó tal rivalidad al viejo soberano de las aguas; y ofendido, decidió en venganza del imprudente agravio, enviar un formidable monstruo marino que devastase y destruyese el país. Llegado semejante extremo, ocurrióse al oráculo para que indicase manera de conjurar el exterminio; mas hé aquí que no diera otro arbitrio más que el de satisfacer á la enojada divinidad entregando la hermosa Andrómeda á la voluntad del propio, horrendo monstruo neptuniano. Al efecto, fue encadenada por Cefeo, á una roca junto al mar. Sin embargo, como entretanto, hubiese obtenido Perseo la promesa de que Andrómeda le fuese dada por esposa con tal que salvase al país de la cólera divina, salió al encuentro del monstruo en el sitio en que Andrómeda desventurada aguardaba su triste destino; y dióle muerte, en bizarra y empenjada lucha.

Esta fábula ha sido extensamente aprovechada por pintores y escultores de todos los tiempos, como se ve por las numerosas obras, varias de ellas muy sobresalientes, que se exhiben en las galerías y museos artísticos de Europa; pero bien está llamando la atención entre las muy buenas, la *Andrómeda* de la señorita Page, reproducida en nuestro grabado, y que es sin duda harto bella y patética.

Bronce por Bertoldo

Guárdanse con avara admiración los tesoros del arte florentino, joyas del genio característico de una época en que todas las manifestaciones de grandeza y esplendor de la pujanza de un pueblo se armonizaban como en un manojito de fascinaciones que hubieran de trascender siempre, cautivando á la posteridad más remota, en los posteriores siglos.

Juan Bertoldo ha sido uno de los artistas de aquel tiempo que esculpió en sus obras la inmortalidad de su nombre. Escultor y fundidor en bronce, pocos le igualaron, y pocos posteriormente le han igualado, acrecentando al propio tiempo el pres-

tigio de su fama el envidiable título de maestro del gran Miguel Ángel, el genio hecho coloso.

Felizmente protegido por Lorenzo de Médicis, honró sus sentimientos de gratitud y la perpetuó en la contemplación de las edades, en la imponderablemente hermosa escultura, trabajada en bronce y madera, del púlpito del templo donde Florencia rinde culto religioso al santo del nombre de aquel príncipe su protector.

Se sabe que es una de las más célebres reproducciones artísticas de los misterios de la pasión.

El grupo que reproduce nuestro grabado evidencia el atrevimiento y energía genial de sus concepciones no menos que la destreza de su celebrado cincel.

Las medusas

Las "Medusas azules" de la señora Demont Breton son un raro acierto de armonía pictórica, sutil y sugestiva, con una delicada, casi tenue idealización poética; acierto tanto más notable cuanto que no son en verdad los antiestéticos acéfalos asunto muy atractivo de inspiraciones elevadas.

Museo Wallace

De la rica colección de este museo londinense son los dos ejemplares que añadimos á los ya conocidos por nuestros lectores: dos obras de propio mérito y atracción especial, que hacen entre sí decidido contraste, el uno por la riqueza y exuberancia de adornos y accesorios en la varonil apostura del monarca absolutista, el otro por la desnuda sencillez de la línea artística que abandona á la gracia femenina toda la belleza y sabor del conjunto y de los detalles.

Maximiliano Guevara

Es otro de los jóvenes que tocan ya con resonancia en las puertas del templo encantado de las letras. Arde en él la fe, que es promesa cierta de triunfos, le desvela el estudio, amable guía de la inteligencia, y aquilata sus sentimientos de la modestia, que tan poderosamente asimila progresos como la cualidad contraria estaciona los cerebros más privilegiados.

No le amilanen contrariedades é injusticias, antes bien, sírvanle de mayor estímulo en la carrera de su espíritu; que nunca crecieron los robustos laureles de la ciencia sino en el campo martirizador de los enérgicos esfuerzos morales.

Artistas del teatro

Los aficionados al arte escénico encontrarán hoy en nuestras columnas los retratos de tres de las celebridades que en estos días dominan en los coliseos europeos con merecido jauge y aplauso. Cuadran por tanto muy bien en la galería de este género que hemos venido formando y en que tratamos de no separarnos de lo más renombrado y escogido.

Victoria

A la sugestiva elocuencia en que tanto abundan así escultores como pintores de la Alemania moderna, se adapta admirablemente, como que es hija suya perfecta, esta tranquila alegoría de la Victoria. Es aquí

la victoria de la amorosa, providente industria, bajo cuyas anchas y frescas palmas desaparecen las divisas de vencedores y vencidos, triunfadores todos, obreros del bien y de la paz, en el esfuerzo glorioso de la inteligencia, la virtud y el trabajo sobre las miserias y desdichas terrenales. Es la única victoria que da abundante el pan de las almas, sano y vivificador, amasado con labor redimida de insanias y pasiones. La única victoria divina en la desesperada lucha humana.

SUETOS EDITORIALES

ANIVERSARIO

El día 4 de este mes celebraron los honorables señores doctor Ricardo Ovidio Limardo y doña Luisa Zérega de Limardo, el 50º aniversario de su matrimonio.

Con este motivo hubo misa solemne en la Santa Capilla, en la cual el Rev. Señor Provisor y Gobernador de la Arquidiócesis, Doctor Juan B. Castro, dirigió á la concurrencia una hermosa plática relativa á la institución sacramental, que después de medio siglo de paz, de afectos y de virtudes conmemoraban los señores Limardo. Hubo luego, en el distinguido hogar de los esposos, un banquete íntimo de familia, al cual concurren muchas de sus relaciones sociales.

Para este acto recibimos atenta invitación que sabemos agradecer al culto caballero, eximio hombre de letras, y á su muy digna esposa.

En la oportunidad de este aniversario, grata para nosotros, hemos verificado cómo los representantes de nuestra sociedad que á los mencionados actos concurren, se mostraron solícitos en ratificar á los señores Limardo las muestras de merecido y constante aprecio que han sabido conquistar.

En efecto, el matrimonio cuyo medio siglo de vida se festejaba, ha sabido formar y exornar con virtudes excelentes un hogar que ha sido como templo en donde las distinguidas señoritas Limardo, continuando la tradición de un abuelo ilustre, han oficiado en el ara eminente de la sociedad y de la Patria, consagrando el entusiasmo y la fe de sus mejores años, su ilustración y sus virtudes á la enseñanza y educación de una gran parte de nuestras últimas generaciones femeninas.

Nuestros votos son porque una ventura perdurable reine en el virtuoso hogar de la familia Limardo.

SEÑOR JOSÉ LIECHTY

La sociedad de Caracas, ha visto, con profundo sentimiento de pesar, el fallecimiento de este apreciable y útil caballero, que fundó y dirigió en esta capital el *Instituto Católico Alemán*.

Los profesores, los padres de familia y los alumnos del establecimiento dieron muestras, durante la enfermedad y en las exequias del finado señor LIECHTY, de las merecidas consideraciones, del aprecio y del afecto que supo conquistarse, por sus prendas de carácter, su cultura y sus aptitudes.

Precisamente, en la hora infausta de su muerte, se concluía en nuestros talleres tipográficos la impresión de una ex-

celente Gramática Francesa, obra del señor J. RECHTY.

Enviarnos nuestra expresión de pesar á la Colonia alemana residente en esta capital, por la desaparición de uno de sus miembros más honorables.

SANGRE PATRICIA

NUEVO LIBRO DE DÍAZ RODRÍGUEZ

Insertamos aquí algunas frases que expresan la impresión que ha producido en el ánimo de uno de los lectores el nuevo libro de Díaz Rodríguez, que acabamos de editar en nuestros talleres.

«Debo á este autor—nos ha dicho— algunas horas de paz, de consuelo, de sano deleite: ha sido un paréntesis fugaz, pero intenso, en medio de la continua zozobra y el creciente malestar del ánimo. Es preciso el amplio espíritu sereno, la alta concepción que ese artista posee de su noble deber intelectual y la superioridad de su situación de pensador exquisito, sobrepuesto á la influencia constrictora del medio actuante, para que haya podido realizar una obra de tanta delicadeza. Sería preciso, también, prestarle á su prosa radiante y á su dicción impecable la manera de transmitir al ánimo de los que aún no hayan leído su último libro, la impresión que produce; así como hace falta que el gusto y la educación estética del lector estén formados por muy delicados elementos de arte y muy sanas influencias, como para sentir toda la emoción suave y fuerte á la vez que nace, no solamente de los riquísimos detalles, vistos desde un punto cuidadosamente elegido de apreciación artística, sino del conjunto mismo de la obra, en la cual, tratándose de Díaz Rodríguez, sería redundante insistir acerca de la excelencia de sus privilegiados dones de artista y de escritor».

El libro está ya á la venta en el establecimiento de nuestra Empresa.

SEÑOR LAZARO GARBAN

Ha fallecido este apreciable caballero, miembro de la numerosa familia GARBAN, en la cual contamos como á uno de nuestros estimados amigos al señor Domingo Garbán, con cuyas producciones se han engalanado más de una vez nuestras columnas.

A él enviamos nuestro pésame sentido, haciéndolo extensivo á su apreciable familia.

MANUEL T. HERNANDEZ

En estos días tuvimos que cumplir el doloroso deber de acompañar hasta la última morada los restos mortales de este joven, perteneciente á una numerosa familia, distinguida por su laboriosidad y su conducta, merecedora de todo homenaje de aprecio y consideraciones por sus excelentes virtudes.

A ella presentamos la expresión de nuestra sincera condolencia, en especial á nuestro estimado amigo el señor Guillermo Hernández, hermano del joven difunto.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Mensajes, por D. Darío Salas.—Barranquilla.—1902.

Aurora, drama en cuatro actos y en verso, por Luis M. Marmol, dedicado al señor R. Tello Mendoza.—1902.

Párrafos de una carta de P. Fortoult Hurtado.—1902.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SECCION RECREATIVA

Zola juzgado por dos soberanos

El Emperador de Alemania:

«Viuda Zola.—Recibid mi pésame.—Vuestro esposo es inmortal.—GUILLERMO».

Doctor José María Alegrètti.—(Maracaibo—Venezuela):

«... Su obra es la más nefanda que escritor alguno haya producido».

¿Guillermo ó José María?

Las obras de Zola

Las tiradas de las obras de Zola, según nota facilitada á la Prensa de París por el editor Lacroix, fueron las siguientes:

La fortune des Rougon, 35.000 ejemplares; *La Curée*, 47.000; *Le ventre de Paris*, 43.000; *La Conquête de Plassans*, 33.000; *La faute de l'abbé Mouret*, 52.000; *Son Excellence Eugène Rougon*, 32.000; *L'Assommoir*, 142.000; *Un page d'amour*, 94.000; *Nana*, 193.000; *Pot-Bouille*, 92.000; *Au Bonheur des dames*, 72.000; *La joie de vivre*, 54.000; *Le docteur Pascal*, 90.000.

De «Las tres ciudades», *Lourdes*, *Rome y París*, se tiraron 149.000, 100.000 y 88.000 ejemplares y de «Los cuatro Evangelios», 94.000 de *Fecondité* y 77.000 de *Travail*.

Durante los últimos años había ganado Zola en la venta de sus obras tres millones de francos.

Pocos días antes de morir terminó y entregó al compositor Bruneau el libreto de una ópera titulada *L'Enfant Roy*.

Frases históricas literarias

La Carmañola

Ca ira!

Los dos cantos más populares de la Revolución francesa fueron la *Marsellesa* y la *Carmañola*, un himno y un rondel.

La historia del primero es conocida; la del segundo ha permanecido en completa oscuridad.

Se sabe, sí, que la *Carmañola* se empezó á cantar en 1792, después de la jornada del 10 de agosto, de la cual es una especie de grosero relato; que los federados marseleses, que tomaron participación muy activa en aquella jornada, fueron los primeros que la cantaron, bailando en las plazas públicas en torno de los árboles de la libertad; que los dichos federados llevaban un vestido llamado *Carmañola*, mediando entre la veste y la casaca, con una hilera de botones de metal, adelante; y se ha creído que este traje, que se hizo de moda entre los patriotas, dió nombre al rondel revolucionario. Fuera de esta suposición no se sabe nada más. Se ignora quién compuso el aire popular, quién escribió sus palabras. Lo que puede asegurarse es que éstas son más bien la obra de un descamisado que de un poeta.

Que la veste haya ó no haya dado su nombre á la canción, lo cierto es que la canción, por su inmensa popularidad, lo transmitió á gran número de cosas que tenían un carácter revolucionario, á los discursos de Barère tanto como á los soldados de los ejércitos republicanos.

Otro canto popular, *Çaira!* que estuvo muy en boga al principio de la Revolución, ha dejado también dudas acerca del autor de estas palabras. Según unos, son de Dupuis, el autor del *Origen de todos los cultos*; según otros, de un tal Ladré,

cantor ambulante, lo cual parece más probable.

En cuanto al aire, no era nuevo: las palabras *Ça ira!* fueron adaptadas al *Carillon national*, aire de contradanza compuesto por Bécourt.

A menudo ese aire fue tocado por María Antonieta, á quien agradaba su alegría, y la canción fue entonada con entusiasmo por doscientos mil parisienses que trabajaban en el Campo de Marte, en los preparativos de la gran fiesta de la *Federación*.

Ah! Ça ira, ça ira, ça ira!
Le peuple en ce jour sans cesse répète
Ah! ça ira, ça ira, ça ira!
Malgré les mutins, tout réussira!

El *Ça ira!* ha podido nacer en París, en medio de aquel pueblo que al ver inaugurarse la era de la libertad, debía esperar que todo marchase á la medida de sus deseos. Sin embargo, se dice que esa palabra fue dada por Franklin: interrogado á menudo acerca de lo que llegaría á ser la república americana, contestaba con firme confianza y su invariable sonrisa: *Ca ira, ca ira!*

Los dos rondeles revolucionarios se cantaban y se bailaban con un ritmo alegre: no diferían sino en las palabras; el *Ca ira* respiraba esperanza y placidez, en tanto que la *Carmañola*, mucho más brutal, exhalaba olor á pólvora.

La primera canción fue un grito de valor y de fe; se resumía en esta idea:

Ca ira!

La liberté s'établira;

Malgré les tyrans, tout réussira!

La sangre no corría en aquella época, dice Mercier; el amor por la Revolución era íntegro, la energía pura, la idea de muerte no se mezclaba á ellos.

Más tarde, las pasiones políticas se exaltaron, la fraternidad cedió su puésto al furor, y la balada popular perdió su carácter primitivo, para tomar en su última variante una forma amenazadora: llegó á ser un grito de cólera.

Ah! ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates à la lanterne,
Ah! ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates, on les pendra!

Canciones de gesta

Son los poemas que celebraban las acciones de los héroes y los acontecimientos de las guerras nacionales.

Todos los pueblos guerreros han tenido poemas de este género. El uso de ellos es muy antiguo: existe una canción en latín bárbaro compuesta en honor de Clotario II, á su vuelta de una expedición contra los sajones.

Gesta es una antigua palabra que significa acción, hazaña. Servia, en la Edad Media, para expresar el conjunto de altos hechos realizados por un pueblo: se decía la gesta de los Bretones, la gesta de los Normandos. Luégo, la palabra se hizo masculina y no se empleó sino en plural. Se la encuentra en los autores de los siglos XVII y XVIII: los gestos de Alejandro, dice Boileau; los gestos de Fréron, dice Voltaire. Actualmente se usa en la locución: *los hechos y gestos de alguien*, esto es, su conducta y acciones.

Las *canciones de gesta* son los primeros monumentos literarios: ninguna composición regular data más allá del siglo XI. Estas mismas están lejos de ofrecer ese carácter de unidad que presenta una obra con objeto determinado. La razón es muy

Piedra Filosofal.

La Emulsión de Scott es un preparado que ha venido á llenar un gran vacío en la terapéutica moderna.

Por las cualidades del aceite y por su excelente emulsión supera á cuantos medicamentos similares se han preparado hasta hoy.

La prioridad de esta forma farmacéutica pertenece únicamente á Scott, y las demás emulsiones sólo son meras imitaciones sin que ninguna llegue á igualarla.

No hay reconstituyente alguno que obre como la

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de
Bacalao con Hipofos-
fitos de Cal y de Sosa,

especialmente en los casos de tisis, bronquitis crónica, raquitismo, escrófula, ciertas formas de anemia y sobre todo en el asma crónica y estados consecutivos producidos por un exceso de trabajo físico y mental.

Obrando á manera de antiséptico arroja de la economía los micro-organismos que vician la sangre, contribuye á la formación de la hemoglobina, regenera los tejidos, y en una palabra, viene á ser la piedra filosofal de la medicación tónico-reconstituyente.

Exíjase la legítima que lleva la contrasena del hombre con el bacalao á cuestas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Droguerías y Farmacias.

6A

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 47 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Buenos resultados.—En obsequio á la verdad—escribe desde Villa de Cura el doctor Arnaldo Morales—me es grato participar á ustedes que he usado en mi práctica la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, y he obtenido siempre buenos resultados en todos los casos en que está indicada la medicación reconstituyente.

to en que tomaron las proporciones de una epopeya. Cada provincia tuvo así su crónica gloriosa, sus triunfos, sus reveses, sus personajes legendarios. Se trasmittian de generación en generación los relatos históricos ó poéticos, y cada quien, al cantar, agregaba variantes fantásticas y nuevos episodios. Esto constituyó obras colectivas que no tenían ningún carácter personal, pero en las cuales se manifestaba el carácter de la época.

Las numerosas epopeyas de la Edad Media forman cuatro grandes ciclos, en los cuales se agrupan dichas epopeyas por la analogía de sus temas:

1º El ciclo carlovingio, compuesto de los poemas caballerescos que tienen por héroes á Carlomagno y sus pares, pero de los cuales forman también parte ciertas obras anteriores ó posteriores á aquella época. Se ha calculado que las ochenta canciones de gesta del ciclo carlovingio contienen cuatrocientos mil versos, de los cuales solamente doce autores se conocen.

2º El ciclo de Arthur ó de la Tabla Redonda, llamado también ciclo bretón, que comprende la leyenda del jefe galo Arthur ó Artus, en compañía del encantador Merlin.

3º El ciclo de los Amadis, al cual se refieren todos los Amadis de Gaula, de Portugal, de Grecia, tipos imaginarios de la caballería.

4º El ciclo de Alejandro, en el cual aparece adaptado á la época el héroe macedonio y otros personajes de la antigüedad: Medea es una Armida, Alejandro un caballero andante. Alejandro crea también, como Carlomagno, doce pares, y se



ve á la reina Isabel bordar la tienda del rey de Persia, Darío.

De todos los poemas de la Edad Media, el más notable, el único quizás en donde se halla unidad de acción, encadenamiento en el conjunto de los hechos, es la *canción de Roldan*, «tan grandiosa en su rudeza, dice Sainte-Beuve, tan heroica de aliento, tan sinceramente magnánima por sí misma». En ella se ve aparecer y desfilar, en su grandeza casi sobrenatural, al emperador Carlomagno y á sus compañeros de armas, así como todos los acontecimientos políticos, religiosos y guerreros que han señalado la época carlovingia. Se ve, sobre todo, en primer término, á Roldan, figura de proporciones gigantescas, paladín casi desconocido de la historia, de quien ha hecho el más maravilloso de los héroes la poesía de la Edad Media.

El cinturón de la Reina

Una antigua usanza feudal quería que el nuevo amo de un reino, de una señoría ó de un obispado, recibiese al subir al trono ó al tomar posesión de su autoridad, presentes y sumas de dinero, como dones de gozoso advenimiento. Aquello era quizá un recuerdo del oro coronario de los emperadores romanos.

Tales dones eran, en su origen, gratuitos y voluntarios; pero los que los recibían se apresuraron á hacerlos obligatorios, y á cada advenimiento de rey, como á cada cambio de señor, se tomaban medidas severas para que el pueblo diese exacto testimonio de pública alegría. Los dones de los vasallos vinieron á ser así los derechos de los soberanos, y el adjetivo gozoso tomó un carácter un poco irónico.

Las exacciones de los soberanos, además del gozoso advenimiento, estaban suavizadas por sus prerrogativas de poner en libertad prisioneros en las ciudades en donde entraban por primera vez y de proveer la primera prebenda vacante en cada catedral.

A excepción de Luis XII, que no quiso reivindicar derechos injustos, tanto como no vengar pasadas injurias, todos los re-

sencilla: cuando los soldados, en la Germania ó en la Galia, celebraban con cantos, ya sus victorias, ya el heroísmo de los jefes desgraciados, esos cantos pasaban de boca en boca y poco á poco se hacían legendarios y eran la herencia de los poetas. Mientras más remotos se hacían los acontecimientos, más se enriquecían las cantatas militares, y hubo un momen-

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento ACETILENO

APARATOS sistema Roversi

Carburo de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.

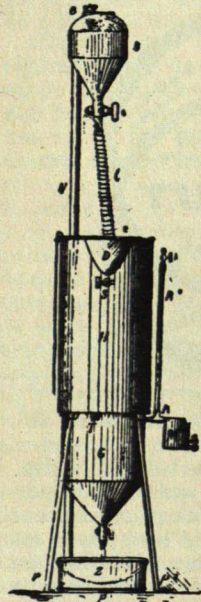
Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberos y accesorios de todas clases, Instalaciones completas.

EL IDEAL á cada de carburo en el agua. PRIVILEGIO NUM. 161

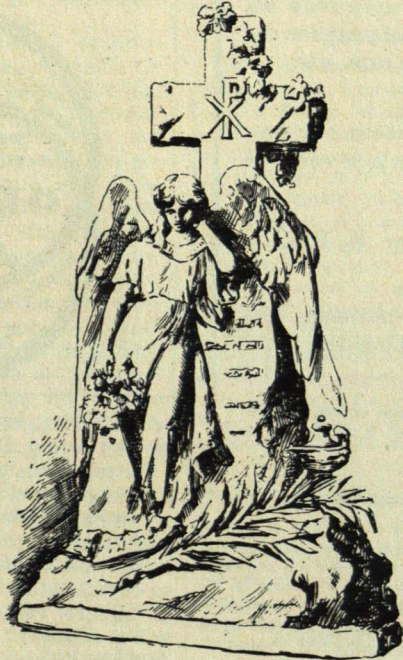
Departamento MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 á k 50 - Valor: de \$ 15 á \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Bello - Faro de Puerto Cabello - Dr. Conde Flores - Dr. Laeavalerie - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmolería Roversi - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero Saldívar - Montemayor, etc.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.

SOLUCIÓN TITULADA Las Grazeas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. **AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas** **Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN** Medalla de ORO de la S^{da} de F^{ia} de Paris. **LABELONYE y C^{ia}**, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado **El remedio** las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más eficaz las **TOSOS RECIENTES Y ANTIGUAS** para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS** **L. PAUTAUBERGE**, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS. Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del **D^r GUILLIE**, se emplea con éxito en las enfermedades del **Higado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.** Depósito General, **D^r Paul GAGE** Hijo, F^{co} de 1^{er} el., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias.

ACRIDUD DE LA SANGRE **ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL EL MISMO AL YODURO DE POTASIO prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Soberano en **Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.** **102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.**

GARGANTA VOZ Y BOCA **PASTILLAS DE DETHAN** Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los **Srres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emisión de la voz. Exigir en el rotulo a firma de **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.**

POBREZA DE LA SANGRE **VINO DE BELLINI** con QUINA y COLUMBO. Este VINO fortificante febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebr., Nervosae, Palidez y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los **NIÑOS, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.** Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.**

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO **PASTILLAS y POLVOS PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.**

yes de Francia hasta Luis XV, exigieron al pueblo al principio de su reinado, el antiguo tributo feudal.

Otro consoigualmente antiguo, llamado *cinturón de la Reina*, tenia por objeto de la casa de la soberana. La palabra *cinturón*, en la denominación de aquel derecho, recuerda el papel importante que antes representaba este ornamento en el adorno de las damas. El cinturón habia sido, entre los romanos y los francos, una distinción acordada al nacimiento, al mérito; los de orfebrería fueron en la Edad Media el distintivo de las mujeres de bien; su abandono era signo de degradación, de perversión ó de renuncia á ciertos derechos.

Cuando Luis XVI subió al trono, comprendió la necesidad de aliviar al pueblo reduciendo los gastos relativos á su persona y al fausto de la Corte, y devolvió á sus súbditos «el derecho que les pertenecía», decia la ordenanza; y María Antonieta, por su parte, abandonó el derecho de *cinturón de la Reina*.

Los Chuanos

Esta denominación se dió á los campesinos, héroes para unos, bandidos para otros, que hicieron una guerra de partidas en el Oeste de la Francia, primero contra la Revolución y más tarde contra el Gobierno de julio.

Comenzaron á sublevarse bajo las órdenes de Jean Cottereau, el 15 de agosto de 1792. Como se procediese á un reclutamiento en el burgo de Saint-Ouen-des-Toits, á dos leguas de Laval, Cottereau, ardiente realista, excitó á la gente joven

á la resistencia, y su llamamiento fue atendido.

El y sus tres hermanos, salidos de una familia de leñadores y almadreñeros, formaban antes de la Revolución una tribu de contrabandistas de sal, que habia adoptado para advertirse de noche á la aproximación de los agentes del fisco, el grito siniestro y plañidero del buho, llamado con mucha exactitud *chouhant* ó *chouan*. El nombre de esta ave de rapaña les quedó, y Jean Chouan, hecho jefe de la banda, dió su sobrenombre á los compañeros que formaron en sus filas.

Otra versión hace datar el sobrenombre *chuan* del abuelo de los cuatro hermanos, quien debió el apodo á su humor triste y taciturno, contraído durante su vida en cuevas, en medio de los bosques.

G. Gley, en su obra titulada *Lengua y Literatura de los antiguos francos*, indica una etimología completamente diferente: *chuan* sería el término franco ó tudesco *chuan*, introducido desde atrás en el bajo bretón, y puesto en vigor en los primeros tiempos de la república. Observa que el monje Otrifido, que escribía en la segunda mitad del siglo IX, se sirve de este término para designar á los francos, *chuan*, fieros, valerosos por excelencia.

Lo cierto es que se formaron el verbo *chuanear* y el sustantivo *chuaneria*, muy usados en la época de las guerras civiles del Oeste, hablando de emboscadas, de sorpresas y de pillajes.

«Los campesinos, dice Napoleón en sus *Memorias*, amaban aquel género de guerra, en el que encontraban su provecho sin correr peligros reales; la preferían sobre



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta

GOTA

LICOR

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Prodo. Fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOGES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Prepara y conserva el óstis limpio y terso

GANDES-Gr. P. St. Denis

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL DR CLIN

al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares

J. SIMON
13. r. Grange butelière, Paris

de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MESTRUOS**

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

prendidos por los azules en una alquería, él y sus compañeros pudieron escaparse; pero volvió atrás para salvar á su cuñada que iba en cinta y lo llamaba en su auxilio. A fin de darle tiempo para que huiese, hizo frente al enemigo, atrajo su fuego hacia sí é instantes después fue muerto, el 28 de julio de 1794.

La danza macabra

Se llaman *danzas macabras*, y también *danzas de los muertos*, las pinturas ó esculturas alegóricas que representan á hombres de todas las edades y condiciones arrastrados por la muerte en una ronda fantástica.

Según Du Cange, *danza macabra* viene de *Chorea macabæorum* (danza de los Macabeos). Es, dice, «una ceremonia extravagante, piadosamente instituida por los eclesiásticos, y la cual los dignatarios, tanto de la Iglesia como del mundo, bailan en conjunto, saliéndose en turno de la danza, para expresar que cada quien debe sufrir la muerte». Littré participa también de esta opinión: «No puede dudarse de que la *danza macabra* y la *danza de los Macabeos* son una misma y sola cosa. Puede suponerse que los siete hermanos Macabeos, con Eleázar y su madre, que sufren sucesivamente el martirio, dan idea de aquella danza en que cada personaje se eclipsa á su tiempo, y que en seguida, para hacer la idea más clara, se encarga á la muerte de que dirija el baile fantástico».

Según otros, la *danza macabra* deriva su nombre de San Macario, solitario de Egipto, que figura como principal personaje de una leyenda popular, reproducida por Orcagna en el Camposanto de Pisa.

Se dice también que *macabra* viene del árabe *makábir*, cementerio: en este caso, la *danza macabra* siempre sería de origen oriental.

Pero cualquiera que sea la etimología

todo á la disciplina, á las fatigas de una guerra regular, que acababa por alejarlos de su país y que exponía cada día la fortuna y la vida de sus familias: así, la chuanería se había extendido rápidamente en el Morhiban, en el país Nantés y en la Baja Normandía; formó, por el número de sus soldados, verdaderos ejércitos, cuyas ocultas subdivisiones tenían puntos de concentración y de apoyo».

La *chuanería* era un movimiento contra-

revolucionario como el de la *Vendea*, aunque mucho menos aristocrático.

Cuando los vendeanos pasaron el Loire y el Maine, en octubre de 1793, Jean Chouan, á la cabeza de algunos centenares de sus compatriotas, se unió á ellos y su pequeño ejército formó durante tres meses un cuerpo particular, lleno de audacia y siempre á la vanguardia, llamado la *pequeña Vendea*.

Jean Chouan murió heroicamente. Sor-

CREME DE LA MECQUE DUSSEER

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
Da al cñito la blancura sacurada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullié & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande Bs. 2,50

Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris. 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

CREMA Y POLVO CHARMERESSE

HIGIENE, HERMOSURA de la T...
DUSSEER, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros

de la palabra, las danzas macabras, antes de ser imágenes, series de cuadros, etc., han hecho parte de los dramas alegóricos, de las moralidades por medio de las cuales se solía, en los siglos XIV y XV, dar lecciones a los poderosos de la tierra: la muerte, arrastrando consigo, en un baile fantástico, personajes de todas las condiciones, reyes, presbíteros, caballeros, monjes, campesinos, era una advertencia que los débiles hacían a los fuertes, los oprimidos a los opresores. Aquel espectáculo respondía a los instintos de igualdad y de rebelión que excitaban en las masas la esclavitud, las enfermedades y la miseria. Las danzas macabras se emplearon también en las iglesias, en las procesiones, como medios de conversión por el terror.

Bien que la idea religiosa parece que permaneciese extraña a escenas que expresaban la destrucción de los cuerpos, sin suscitar el ideal de una vida superior, la Edad Media la reproducía, por la pintura ó por la escultura, en gran número de iglesias góticas. Eran frecuentes sobre todo en Alemania, cuna de la danza ma-

cabra. La más antigua es la de Minden en Westfalia, ejecutada en 1383. Como importantes se citan las de Lubeck, Dresde, d'Anneberg, Leipzig, Strasbourg, y en especial, la de Bále, compuesta de treinta y nueve cuadros pintados al fresco, en un muro vecino de la iglesia de San Juan, cuando la peste devastó la ciudad. Todas son de los siglos XV y XVI. Las danzas macabras, que por su carácter siniestro no parecen destinadas sino a la decoración de las iglesias y de los lugares fúnebres, tuvieron tanta boga, que figuraron en los palacios de los reyes, en los edificios públicos, en las márgenes de los muelles, así como en la empuñadura de las espadas y en los forros de los puñales.

En Paris, á principios del siglo XV, hubo una danza macabra esculpida en el cementerio de los Inocentes. También hubo en los osarios representaciones en que la muerte, representada en la forma repugnante del esqueleto humano, hacía entrar en danza, quieras que nó, sin distinción de rangos, al papa, al emperador, á las grandes damas y al último de los pordioseros. «Por desagradables que pu-

diesen ser el espectáculo y el lugar, dice Michelet en su *Historia de Francia*, era cosa que hacía reflexionar ver en aquel tiempo mortífero en una ciudad, tan frecuentemente, tan duramente visitada por la muerte, aquella turba famélica, misera, apenas viviente, aceptar gozosamente la Muerte misma como espectáculo, contemplarla insaciablemente en sus moralidades bufas, y divertirse con ella, bien que marchasen sin notar sobre las osamentas de sus padres, sobre las fosas abiertas que ellas mismas iban á colmar». Ese lúgubre mimodrama, suerte de fiesta de los muertos, estaba justamente en armonía con la época de tristeza y desolación que atravesaban hacia un siglo las miserables poblaciones de la Francia: respondía al epigrafe de la danza macabra:

Morte nihil melius; vita nihil pejus iniqua!
(Nada mejor que la muerte; nada peor que la vida!)

El pueblo, humillado, pillado, asesinado, sonreía á aquel esqueleto danzante, porque devoraría á la vez á los victimarios y á las víctimas.